

# EL PAPA WOJTYLA

Vinculación de temas y recuerdos a su  
magisterio en el amor y en la familia

---

*PRIMITIVO DE LA QUINTANA LOPEZ*

## EL PAPA WOJTYLA

Vinculación de temas y recuerdos  
a su magisterio en el amor y en  
la familia

Nada más transparente para descubrir la personalidad humana que contemplar el fluir de la expresión poética, ingenua y profunda, cuando brota de un corazón sincero, herido en la llaga ardiente por el amor espiritual vivo y humilde, que aspira a encontrar los caminos luminosos y confiados de la íntima comunicación con el ser amado y le anima la esperanza de una dulce reciprocidad.

Al aproximarnos a la grande y atrayente figura de Juan Pablo II, que como fiel discípulo de Cristo va predicando por el mundo el amor compartido entre Dios y los hombres, no hemos podido resistir la tentación de reproducir algunas estrofas de sus versos en donde aparece la profunda fe cristiana de comunión y de fidelidad, que reflejan las palabras de Juan: «Dios amó tanto al mundo que le dio su Hijo Unigénito para que el mundo sea salvado por El, para que todo el que crea en El no perezca sino que tenga vida eterna, pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que le juzgue sino para que el mundo sea salvado por El.»

*El Amor me lo ha aclarado todo  
el Amor me lo ha solucionado todo,  
por eso glorifico el Amor  
en cualquier lugar en que se manifieste.*

Esta es la afirmación que nos hace el Pastor Wojtyla, en su canción sobre el Dios Oculto.

*Decidnos, espigas esbeltas: ¿no sabéis  
dónde se oculta en el trigal?  
¿Dónde hay que buscarle? Decidnos,  
¿dónde hay que buscarle  
en el trigal dorado?*

*Porque eres la Calma, el gran Silencio,  
libérame de la voz,  
penétrame con el temblor de tu Existencia,  
con el temblor del viento en las espigas maduras.*

Su pensamiento casi sensual frente a la naturaleza «La hierba se mece, verde hamaca, cuna diáfana de abejas». Añora en otros la naturaleza increada. El acto mismo de la Creación.

*Te adoro, tenue luz del pan de trigo,  
en el cual la eternidad es huésped por un momento,  
afluyendo hacia nuestra ribera  
por el secreto sendero.*

Y más adelante:

*¡Oh, sentir el instante de la nada,  
el instante antes de la Creación  
y no abandonarlo nunca,  
como no se abandona la propia sombra!*

Su hondo pensamiento en la eterna trascendencia no le aparta de la necesidad de acción, de la voluntad en ejercicio hacia metas cada vez más elevadas.

*De esta corriente —tienes que convencerte—  
no hay regreso. ¡La eternidad te envuelve!  
Hay que luchar siempre. No interrumpir el vuelo,  
ir con sencillez hacia la cumbre.*

Y con sencillez de campesino eslavo y tenaz persistencia en el peregrinar, no interrumpe su vuelo hacia la cumbre donde pueda asentarse la paz de Dios entre los hombres. En su constante apostólico viajar, besa reiteradamente los sue-

los extraños de los lejanos países que él percibe como propios, cercanos y entrañables. Es la patria común creada por Dios para albergar al linaje humano, que no obstante los dramas fraticidas y la generalizada falta de caridad ha de ser elevada en oblación a la Majestad del Creador, que ordenó al hombre en su alianza con él, someterla a su señorío responsable y que al enviarnos a Cristo y confirmarnos en su hermandad estableció definitivamente la dignidad de su naturaleza.

Este gesto de besar la tierra cuando llega por primera vez, tiene a nuestro parecer un doble sentido de humildad personal y de humildad de la Iglesia Romana al acercarse a países donde existen las más variadas creencias y sentimientos, colocando la humana fraternidad por encima de todas las diferencias.

Por ello al hablar de este Papa progresista y sincero en sus anhelos de justicia social, defensor de la libertad humana, hay que rechazar críticas injustas o malévolas insinuaciones, de tacharlo como reaccionario por aquellos que perciben como obstáculo su anclaje en la respetabilidad de toda tradición eclesial para asimilar el signo de los tiempos. Efectivamente defiende una enorme austeridad difícil de mantener en la mentalidad permisiva de nuestra sociedad actual. Nos ha parecido buena introducción reproducir algunas de sus creaciones poéticas, desconocidas hasta su reciente versión en español. En ellas se nos muestra el delicado y profundo sentir de un gran hombre de acción. De una personalidad que es capaz de asumir riesgos inquietantes con enorme fe en su misión y de mantener con devoción intensa la liturgia de la palabra y la fuerza de la oración, única en la que confía de verdad para progresar en el camino de la unidad de los cristianos.

Su viaje a Inglaterra será un testimonio importante para deshacer la incipiente leyenda de un deseo de protagonismo mecido sobre un oleaje de masas, con más formato de espectáculo que de verdadera misión comunicativa. En circunstancias dramáticas y difíciles, en medio de una tempestad de opiniones contradictorias, toma el riesgo y la decisión de prestar un doble servicio a la unidad de los cristianos y al ecumenismo militante, que él como continuador de

Juan XXIII y de Pablo VI impulsa con todas sus fuerzas, con el gran abrazo histórico que tiene por escenario la Catedral de Canterbury y su incesante predicar la paz necesaria para la humanidad y la paz necesaria para establecer cualquier comunicación trascendente. «Este es un día esperado desde hace siglos», parece que es la frase que dijo el Papa en tan solemne momento. Y se explicitó ante los Obispos católicos para afirmarles que venía «al servicio de la unidad en el amor».

Entre la incertidumbre y el riesgo, el Papa siente siempre la inevitable presencia del amor para buscar al corazón humano, que alberga esta chispa comunicante que nos llega del divino Amor Creador. En el gobierno de la Iglesia que como en tiempos apostólicos ha hecho en cierto modo itinerante, quizá le resuenen aún sus versos, henchidos de emoción y de humildad profética, escritos por el joven estudiante que cursaba literatura en la Universidad de Cracovia, en vísperas del gran desgarró que en los pueblos y en la mente de los hombres produjo la II Guerra Mundial.

Comienza su vida poética con el himno de la esperanza, el Magnificat, escrito en Cracovia en 1939. Algunas de sus estrofas merecen ser recordadas.

*Glorifica, alma mía, la Majestad de Dios,  
Padre de la bondad y de la gran poesía.*

*Con ritmo prodigioso mi juventud renueva  
y forja mi canción sobre yunque de roble.*

*En mi alma resuena la gloria del Señor,  
Creador bondadoso de la visión angélica.*

\* \* \*

*Ando por tus caminos, yo, trovador eslavo,  
canto con los pastores la noche de San Juan.*

*—Mas la canción orante, que el universo abarca,  
la dejo ante tu trono. ¡Es sólo para Ti!*

*¡Bendita la canción que vuela hacia la altura!  
¡Bendita la simiente que en mi surco ha caído!  
Glorifica, alma mía, a quien el terciopelo  
puso sobre mis hombros y me vistió de raso.*

*Bendice al Escultor, ¡oh tú, profeta eslavo!*  
*Señor, dame tu gracia —lucho contra el espanto—.*  
*Glorifica, alma mía, canta al Señor tu Dios.*  
*Entona el himno eterno, di: ¡Santo, Santo, Santo!*  
*¡Esta es la canción que se hace poesía!*  
*Púdrase mi semilla en el fondo del surco,*  
*que robles y abedules den sombras a mis caminos,*  
*y sean mis cosechas agradables a Dios.*  
*¡Libro de las nostalgias eslavas! Grita y canta*  
*con los resucitados el amor a la vida.*  
*Que virginal y santo mi cancionero sea*  
*y el himno de los hombres —¡el divino Magnificat!*

Con ternura y tesón, con un caminar virilmente sosegado hacia lo profundo y hacia la cumbre, se va creando lá gran figura del Pastor eslavo, que desde sus queridas tierras polacas llega a regir el mundo católico y hace del Papado una incansable tarea de búsqueda de hombres; de hombres capaces de dar testimonio de fe y de esperanza, haciendo de su oración la palabra suplicante del mendigo que busca la paz y el corazón humano, en una invocación permanente al amor. El, que hace los mayores esfuerzos ecuménicos, no ha perdido su oriundez, su entrañable adscripción a la tierra que le vio nacer y al terco sentimiento de ser libre e independiente para poder abrazarse en igualdad de amor.

«Cuando digo: Patria, me estoy expresando a mí mismo y me enraizo, y el corazón me dice que ella es la frontera oculta, que va de mí hacia los otros hombres para abrazarlos a todos en un pasado más antiguo que cada uno de nosotros...»

Se lamenta con dolor que las lenguas de otros países no han querido hacer lugar a la suya y a propósito de ello pueden leerse las siguientes estrofas en las que alude al lenguaje.

*Las aguas de los ríos corren hacia abajo;*  
*el torrente del lenguaje sube hacia las cumbres.*  
*Cada hombre que surge de la tierra*  
*es también una cumbre.*

*Y la cumbre se alza a la vez  
sobre todos nosotros,  
se yergue cada vez más abrupta  
y se hunde cada vez más profundamente  
en las conciencias.*

Es enternecedor y al mismo tiempo ejemplificante cómo el sentido universal y la necesidad de la relación fraterna y única del género humano no anula ni hace incompatible el valor sentimental de la patria y del idioma. Este pensamiento se manifiesta claro en aquellos versos suyos hondamente ligados a este sentir. ,

*Envueltos, más cada día, en la belleza de nuestra  
propia lengua,  
no nos hiere la amargura  
de que en los mercados del mundo  
no se vendan los frutos de nuestro pensamiento  
por el gran precio que hay que pagar  
por nuestras palabras.  
Pero no deseamos cambiar de mercancía...  
Pueblo que a través de las generaciones  
se queda en el corazón de su propio idioma,  
no puede explicar del todo  
el misterio de la idea.*

Efectivamente las barreras del idioma son a veces duras de traspasar y personalmente pensamos que es justamente en el mundo poético donde por una parte se pueden encontrar más dificultades en la interpretación, pero por otra es capaz de enriquecer la comunicación mediante la palabra poética que tiene la virtud de ser sugeridora en zonas de comprensión más profundas y sensitivas.

## RECUERDOS DE POLONIA

Hacia Polonia tuve siempre un particular amor y predilección. Para mi generación era un gran país desgraciado en el que la fuerza combinada de los Estados colindantes había sido capaz de triturarlo desgarrándolo de manera arbitraria,

sin más argumentación que el equilibrio de fuerzas de los poderosos, que sin embargo habían sido incapaces de aniquilar a un pueblo racial y espiritualmente arraigado a su tierra, a su tradición y a su idioma. Con una composición racial diversa, pero siempre con una respuesta unánime a levantarse contra la opresión. La juventud tiene siempre una enorme tendencia a exaltar al héroe que se subleva y para mí Kosciuszko, participante en la Guerra de Independencia americana a las órdenes de Washington y luego caudillo del ejército frente a la invasión rusa y de nuevo sublevado con el apoyo general de la nobleza y el pueblo polaco en los años finales del XVIII, había sido uno de los héroes que derrotado y prisionero había impresionado mi imaginación. La lucha de Polonia por su independencia nos llegaba también teñida en los momentos cumbres del romanticismo por las mazurcas y polonesas de Chopín y el halo de artista patriota que lo rodeaba y finalmente el genial pianista y-filántropo Paderewski, que puso todos los recursos a su alcance al servicio de la patria polaca y que como Primer Ministro, al proclamarse la nueva república que reconocía la plenitud de sus derechos, representó a su país en el Tratado de Versalles.

Todo esto nos llevaba a configurar el convencimiento claro que un destino fatídico no puede acabar con un país cuando es capaz de resistir tales avatares mediante una profunda y bien trabada adhesión popular a una tierra y una cultura que toma conciencia de su personalidad y sobrevive entonces por encima de episodios que protagonizan a veces personajes o estamentos que se mueven más por ambición que por el amor a los supremos intereses de su pueblo.

El destino permitió que conociera Polonia en circunstancias bien dramáticas, produciéndome un impacto hondísimo que incluso condicionó mis ulteriores preferencias en orden a muchos problemas políticos y humanos y especialmente a los derivados de la II Guerra Mundial. Fui a Polonia con una misión científica, allá por los años 1941-42.

En nuestro país, como residuo de la grave situación alimenticia que siguió al final de la guerra civil, junto con otra serie de factores entre los cuales no eran los menos destacados los fuertes movimientos de población, las gran-



des migraciones de retorno o de huida que se produjeron al desaparecer las fronteras creadas internamente por los ejércitos en lucha, grandes masas de personas trataban de reintegrarse a sus lugares de residencia habitual de donde habían sido desplazados en el transcurso de la contienda. Estos traslados se producían en pésimas condiciones higiénicas, utilizando los más diferentes medios de transporte donde se hacinaba esta población que carecía a veces de alimentos suficientes y sobre todo, de los más elementales útiles de limpieza. Esta carencia se extendía al resto de la población, especialmente en las grandes ciudades que, como Madrid por haber estado en pleno frente, habían sido destruidas muchas viviendas, albergándose varias familias en espacios reducidos y a veces entre ruinas.

A los pocos días de terminar la guerra comenzaron a aparecer algunos casos de tifus exantemático y tras de ellos una explosión importante de la epidemia que afectaba a la población en general. Sus estragos y la amenaza de propagación crearon unas expectativas alarmantes en distintas provincias españolas y de manera más espectacular en Madrid, que había sufrido un largo asedio. En las zonas suburbanas donde reinaba la mayor pobreza es donde más castigó el azote, pero los brotes se convirtieron para toda la ciudad en amenaza efectiva, ya que cobraba diariamente un creciente número de víctimas que afectaban también a clases más acomodadas e incluso a alguna ilustre personalidad del momento.

Sabido es que el tifus exantemático es la enfermedad caracterizada a través de la historia por su presencia en las situaciones bélicas. Famosa es la Peste de Maximiliano, que causó terribles estragos en los ejércitos imperiales del abuelo de Carlos V.

Nuestra situación no fue tan grave como los brotes destructivos que más recientemente habían acompañado a los finales de la I Guerra Mundial y especialmente a la revolución rusa entre los años 1917 a 1921. No obstante la inquietud y el terror empezaron a apoderarse de grandes sectores de la población, produciendo muy serias preocupaciones en los altos medios gubernamentales.

En aquellos momentos ocupábamos un cargo técnico de

alta responsabilidad sanitaria y hacíamos frente como podíamos, con gran escasez de medios materiales, a la situación creada, teniendo que actuar en una población hambrienta y empobrecida y mentalmente sometida a un alto grado de angustia y de temor.

Producto de la experiencia vivida en aquellos días y de las investigaciones que realizamos sobre los distintos problemas que nos acuciaban fue la elaboración de un texto que tuvo gran difusión en los medios científicos e incluso en otros sectores que por temor y curiosidad trataban de informarse.

Conviene recordar que al terminar nuestra guerra civil dio comienzo a los pocos meses la II Guerra Mundial, con la ocupación de gran parte de Polonia por los ejércitos alemanes. Transcurrido algún tiempo nos llegaban noticias contradictorias sobre las graves preocupaciones del Alto Mando de estas fuerzas por los estragos que el tifus exantemático comenzaba a producir en el frente del Este allá por el 1941. En España se ensayaban nuevas técnicas y se hacían experiencias de inmunizaciones para encontrar una profilaxis capaz de proteger a las poblaciones amenazadas. A finales del año 40 publicábamos el libro a que antes hemos aludido.

Fuimos invitados a dar algunas conferencias en centros universitarios y profesionales de Berlín y pedimos en compensación la posibilidad de visitar algunos centros experimentales y de observación montados por las autoridades sanitarias alemanes en el frente del Este, donde se ensayaba, entre otras medidas, una vacuna especial que parecía tener más eficacia para proteger a la población de manera masiva.

Nuestra demanda fue atendida y por esta razón y a propuesta de las autoridades sanitarias de nuestro Gobierno, obtuvimos un permiso especial para realizar un conjunto de visitas y establecer contactos muy seleccionados con los responsables sanitarios destacados en el Este por el Gobierno alemán y también con los técnicos autóctonos que se ocupaban del problema en el país.

Así fue como conocimos Polonia y cómo en un plazo de tiempo no muy largo, pero intenso en contactos y conoci-

miento de personas, se adentró este país en nuestro corazón y tuvimos la revelación trágica de lo que estaba sucediendo en la Europa Central y en sus confines más orientales.

Recuerdo un distinguido colega alemán, cuya misión parecía ser lo que hoy podríamos denominar «relaciones públicas» y «creador de imagen», que nos acompañó en una inacabable jornada ferroviaria hasta Varsovia y que en actitud complaciente e intimista, con retoques de un fatalismo no compartido, me decía con una mirada insinuadora a la comprensión «es preciso que usted se vaya haciendo a la idea de que es muy distinto lo que haya podido observar en Francia de lo que aquí encontrará. El Oeste y el Este son cosas distintas. Aquí los métodos son más ásperos en nuestras relaciones con los nativos y los problemas raciales de todo orden son más complejos».

No tardaría en comprobar la certeza de sus insinuaciones. En Varsovia la mayor parte de los medios públicos de transporte llevaban letreros destacados en donde se especificaba «Nur Für deutsche» —sólo para alemanes—. Era el primer impacto que recibía de la discriminación.

Varsovia había sufrido una destrucción terrible por la aviación alemana. Se procedía al apartamiento de escombros, explicando que allí quedarían magníficas plazas. Circulaba una multitud caminante y silenciosa que se trasladaba como podía de unos barrios a otros. Unos tranvías a veces vacíos y a veces hacinados transitaban triunfales bajo su etiqueta discriminatoria.

Mis acompañantes en un primer momento, que podrían ser buenas personas pero de categoría subordinada, con un cierto triunfalismo pudoroso se esforzaban por cumplir bien las consignas, tratando de demostrarme que Varsovia se lo debía todo al gran Elector Augusto II de Sajonia y a sus variados sucesores, pero que en realidad era un hecho accidental el que Polonia y sobre todo Varsovia pudiera considerarse una realidad histórica por fuera de la órbita germánica. Recuerdo conversaciones de este tipo en una deliciosa plaza solemne e intimista, decoradas las paredes de sus casas con abigarradas pinturas que sistemáticamente eran atribuidas a artistas alemanes. Es cierto que el paso de Augusto II dejó bellos recuerdos, pero como el vencedor es

generalmente el que escribe la Historia, mi acompañante se sentía ya en la necesidad de ir deletreándome la nueva historia que se creaba para el viejo país.

A continuación comenzaron conversaciones técnicas sobre problemas reales donde se estudiaban niveles de alimentación, de vivienda o de atenciones a la población infantil. Las contradicciones eran manifiestas en multitud de datos y cualquiera de ellos no convenientemente aportado por el científico nativo, era acogido con severas rectificaciones y duros gestos de reproche. El sentido de humillación estaba claro y ello despertaba en mí el deseo y la necesidad de establecer contacto y trabar conocimiento con el hombre y la mujer polacos humillados, con el colega del país que pudiera hablarme de la realidad fuera de la presencia del jefe o del comisario alemán de turno. Naturalmente la cosa no fue fácil, ya que los funcionarios responsables de muchos servicios estaban amedrentados y el ciudadano corriente con el que trataba de tomar contacto en mis escapadas, tomaba toda clase de cautelas en cualquier tipo de conversación.

Pero pronto encontré las dos vías más fáciles que utilizadas con tiento me abrían una comunicación progresivamente confiada: la profesión médica y mi condición de proceder de un país tradicionalmente católico, aprovechando múltiples ocasiones para confesarme como practicante. Ambas condiciones dan paso a un tipo de fraternidad universal. La una como exploradora y testigo del problema universal del dolor y del sufrimiento humano. La otra es la comunidad espiritual que crea vínculos trascendentes de fidelidad a un compromiso de caridad fraterna.

En el estudio de los problemas sanitarios que me llevaban a aquel país estaban implicados estudios sociológicos sobre la población. Era necesario aceptar en primer lugar el muestrario de afirmaciones preparadas lógicamente en su versión más favorable por los representantes de la potencia dominadora, pero era inevitable la presencia de científicos y profesionales polacos en reuniones conjuntas en que podía permitirme audacias y hacer preguntas indiscretas. Las situaciones fueron a veces violentas, pero el profesional que custodiaba la salud de sus compatriotas no tardaba en

encontrar caminos de sinceridad en conversaciones privadas en las que conseguí contactos furtivos y eficaces y datos más ciertos.

Las anécdotas podrían ser numerosas y siempre expresivas de una férrea voluntad de resistencia. Desde la negativa a hablar en alemán y negar su conocimiento, desmentido ulteriormente sobre todo en clases populares en donde encontré muchas personas capaces de expresarse en este idioma bastante bien, hasta la utilización exclusiva de la lengua francesa en las clases más cultas, con el mismo sentimiento compartido de odio al invasor.

Hay que tener en cuenta que también algunos científicos alemanes se encontraban amedrentados y falsificaban datos con honda repugnancia, como tuve ocasión de comprobar en una entrevista a solas con un muy conocido profesor al que abordé directamente para manifestarle mi sorpresa por algunas exposiciones hechas por él y tratadas al comienzo de esta entrevista, dando lugar a una confesión emocionante de su delicada situación política.

En cuanto a mi condición de español y la tradición católica de nuestro país, que fue la puerta que primero se entreabrió, una vez comprobada la autenticidad de los sentimientos religiosos compartidos, pude escuchar en algunas ocasiones una enternecedora esperanza en la posible intervención humanizadora de España en el apaciguamiento de la dureza que el huracán hitleriano había desatado inmisericorde sobre etnias y pueblos dominados.

Cuando escuchaba confesiones tan ingenuas, interiormente sentía un cierto rubor porque no me cegaba el patriotismo para conocer nuestra impotencia y al mismo tiempo el hecho de estar lejos de mi patria ausente, me impedía hablar de nuestras propias lacras y de los grupos sectarios y violentos que por aquellos años estaban suficientemente fanatizados y permanecían sordos al humanismo cristiano, incapaces de comprender en toda su hondura la gran tragedia de Europa y de los pueblos dominados. Teníamos demasiado cerca las devastaciones y los dolores de la guerra propia para conseguir el sosiego suficiente, capaz de apagar las pasiones banderizas exaltadas por grupos afortunadamente no demasiado numerosos, pero

que ocupaban puestos decisivos con capacidad de crear una opinión pública deformada y parcial.

Pero el hecho es que grandes corrientes de simpatía mutua se abrieron camino en sectores diversos y las confianzas, a medida que la confianza se establecía, iba mostrándome el aspecto desolado de las situaciones tanto materiales como de ánimo, en las que predominaba cada vez más una evidencia de presagios lúgubres y fatalistas que se acentuaba con la dolorosa experiencia histórica del pueblo polaco, presente en los estratos personales más profundos y que cuajaba en un desaliento colectivo. Según mis recuerdos y lo por mí percibido, no se había levantado aún de manera coordinada el espíritu de una resistencia activa.

La expresión más frecuente y generalizada respondía a una toma de conciencia de su futuro imposible. «Si la guerra la ganan los alemanes nos seguirán fusilando y humillando y si la ganan los rusos nos fusilarán también.» «Para los supervivientes sólo quedará un país deshecho y esclavizado por unos u otros.»

En Cracovia, la vieja capital de Polonia en sus momentos más poderosos, paseando por el patio de la vieja Universidad, ante la estatua del médico, sacerdote y gran-observador de los astros Copérnico, tenaz en la observación y tímido soñador de la nueva y revolucionaria visión del universo, que iba a hacer cambiar el curso del pensamiento y hacer posible, un siglo más tarde, con su «De Revolutionibus Orbium Coelestium» a Galileo, cuyo proceso determinó la póstuma quema de sus obras, meditaba sobre la honda pero azarosa presencia de la cultura elaborada en aquellos claustros y difundida por toda Europa de manera tan decisiva:

Una cena en el Castillo de Wawel me proporcionó la ocasión de conocer a Frank, el verdadero Virrey de Polonia. Bajo el oscurecimiento defensivo de las posibles incursiones aéreas, la ciudadela, el edificio y sus alrededores estaban custodiados por centinelas rígidos con casco y bayoneta, lo cual daba a la escena un cierto sentido fantasmagórico y retrospectivo hacia otras edades más remotas. Me sentí ciertamente alucinado, flotando en un mundo para mí extraño y sobrecogedor.

La descripción que pudiera hacer de Frank puede aho-

rrarse leyendo algunas páginas maestras de Malaparte; sensible y profético, acogedor y afectuoso, justificaba de forma reiterativa y en cierto modo exculpatoria, la enorme responsabilidad de su gran misión. Recuerdo algunas de sus palabras: «Doctor, usted me debe comprender. En contra de todos mis sentimientos debo extirpar un gran cáncer y deben ser destruidas todas sus células para que no se reproduzcan. A veces no puede precisarse exactamente el límite de la zona afectada, pero el destino nos obliga también a ser implacables.»

Yo había visitado el gheto de Cracovia, consistente en un reducido barrio cercado de alambradas de espinos, donde se amontonaba una población escuálida y malnutrida, y me atreví a insinuar la escasez de espacio y las terribles condiciones de depauperación de sus ocupantes, su falta de asistencia sanitaria, así como las altas cifras de incidencia y mortalidad de la enfermedad que a todos nos preocupaba.

Posiblemente, ante mi modesta persona, igual que ante otras muchas, sentía la debilidad de manifestarse con una mezcla de intelectual y de artista que el destino lo había llevado a misiones dolorosas contrarias a su sensibilidad.

A la salida de aquella acogedora y deprimente cena, brillaba una luna mortecina que me sumergía de nuevo en un sentimiento de irrealidad, en el que sólo adquirirían presencia clara las palabras escuchadas a mis recientes amigos y verdaderos correligionarios que en la comunión de una misma fe tenían su esperanza y salvación en algo sobrenatural. En mi interior seguían sonando aquellas palabras tantas veces repetidas y escuchadas por mí con tristeza y angustiosa impotencia. «Cualquiera que sea el que gane la guerra jamás volveremos a ser libres. Sólo Dios puede custodiar nuestro futuro y al final ampararnos en su seno.» Estas palabras o parecidas las oí en científicos ilustres, en profesionales, en artistas, en camareras de hotel y hasta en gente de aparente vida frívola, posiblemente más pecadora que otra, pero que guardaban la llama inextinguible de una fe en la trascendencia de Cristo y en la amorosa intersección de la Virgen de Chestokowa.

No he salido jamás de un país con tanta tristeza ni con un recuerdo más hondo y permanente sobre su contradic-

ción aceptada por aquellas gentes que sufrían la opresión entre el pesimismo y la esperanza; entre su falta de futuro y su fe en un futuro posible merced a los inescrutables caminos que la Providencia, sentida en conformidad, podía proporcionarles.

Abandoné Polonia partiendo de una Varsovia bastante destruida, pero aún con hermosos edificios, en un amanecer frío y desagradable. En la estación se amontonaban millares de personas sentadas en el suelo, con viejos sacos como equipaje, que esperaban acurrucados horas y horas trenes para mí desconocidos, ya que el nuestro, abarrotado, abandonaba los andenes ante la mirada indiferente de los que quedaban allí con un destino tan incierto.

Mientras atravesábamos campos y llanuras grises en un inacabable viaje de regreso, una parte de mi corazón se iba quedando en el país, que nunca volví a visitar y que, sin embargo, quedó incorporado a mi recuerdo como símbolo de una gran capacidad de resignación y renuncia que no abandonaba, sin embargo, una tenaz voluntad de vivir en libertad.

## UN PAPA POLACO

La ascensión al Papado de Juan Pablo II fue la gran sorpresa. ¡Un Papa polaco! Se abre un gran paréntesis en la tradición romana. El jefe de la cristiandad nacido en aquel país que tanto me conmovió, donde mis recuerdos estaban ligados a una serie de personas y buenas gentes, sumidas en una tenebrosa desesperanza que sin embargo no destruía su energía y su capacidad de revivir con personalidad ilimitada. Un fogonazo inesperado iluminaba la Iglesia en pleno proceso de asimilación y desarrollo de la doctrina renovadora del Vaticano II, al que él había contribuido muy directamente en especial en la Constitución «Gaudium et spes». Un hombre que por los años que evoco en mis recuerdos, estudiaba literatura y teología en la vieja Universidad de Cracovia, había trabajado como obrero en unas canteras y después en unas instalaciones industriales. Su biografía nos irá llegando posteriormente con multitud de detalles y sus



escritos también, aunque alguno de especial interés para nosotros había llegado a nuestras manos hace tiempo al traducirse al castellano «Amor y Responsabilidad», al cual hemos de referirnos después con insistencia, por constituir una pauta maestra y luminosa en el problema general del matrimonio y la familia. Pero había un hecho previo que desconocíamos, su producción poética, que al llegar a nuestro conocimiento nos ha impresionado lo suficiente para darle un lugar importante en la configuración de su personalidad e iniciar con algunas de sus estrofas este trabajo.

Su visión poética de la fe, que deja constancia juvenil en el «Magnificat», es precursora de una sensibilidad especial que se desarrolla ulteriormente en su personalidad como hombre de acción y en su necesidad espiritual de comunicar con el hombre y con Dios a través del amor.

Era hombre que conocía el trabajo y la vida proletaria y provenía del área combativa de la Iglesia, que había sabido remontar las más difíciles situaciones y subsistir popular y profundamente en las raíces de un pueblo extrañamente ejemplar. Formado en la cultura de nuestro tiempo, había sido luminoso profesor universitario sin abandonar una ejemplar actividad pastoral en la Diócesis de Cracovia. Sus raíces se nutrían en la fe profunda de su pueblo. El tronco, poderosamente alimentado por la fe y por un robusto saber, haría brotar ramas pujantes que penetraron en su eclosión floral en el recinto difícil del Vaticano, cuando es llamado a dirigir en marzo de 1976 los ejercicios espirituales de Pablo VI y de gran parte de la Curia Romana. El Cardenal Wojtyla acudió a la llamada de Roma. «Polonia semper fidelis», que ha solido repetir en algunas de sus alocuciones. El Papa se siente polaco y ecuménico y lleva un corazón a flor de piel para atraerse a los hombres y fundirlos en un general sentimiento de hermandad, respetuoso al mismo tiempo con aquellos que no tiene el don de la fe o no compar- ten determinados aspectos de la misma.

Comienza su peregrinación en actitud suplicante y humilde. Frente a la Teología de la muerte de Dios, tan en boga en los medios intelectuales de las últimas décadas, que proclama que Dios ha muerto en el pensamiento moderno, y que refleja efectivamente un drama profundo en el mundo

intelectual, él no se arredra y combate alentado por su profunda fe y la sólida preparación de sus saberes, con la esperanza de que en el hombre contemporáneo se puede despertar de nuevo la búsqueda de las razones últimas, sin perderse en los vericuetos que lo alejan del planteamiento supremo que nos hace, con temblor y temor, vislumbrar a Dios en el horizonte.

En uno de sus escritos cita sus conversaciones con un importante científico en el mundo de la física y de la constitución de la materia, para él eterna y suficiente en sí misma, quien le asegura que ningún razonamiento le lleva a suscitar la menor duda sobre esta eternidad, sin hacer ninguna concesión a actitudes creacionistas. Al cabo de algún tiempo nos cuenta que un buen día se encuentra entre la correspondencia con una carta de su amigo y decidido materialista. En ella le dice «siempre que me encuentro ante la majestad de la naturaleza y las montañas, siento que El existe». Es una actitud kantiana que no incluye en este caso a la interioridad de su conciencia.

En su libro «Signo de Contradicción», en el que aparecen sus conferencias pronunciadas en el Vaticano ante Pablo VI, el entonces Cardenal Wojtyla nos dice que a pesar de la negativa sistemática de muchos hombres, Dios penetra en la mente humana y citando el Libro de la Sabiduría dice: «Es el autor de la belleza quien hizo todas estas cosas.» Dios trasciende a todo lo creado. El drama del humanismo ateo consiste en despojar al hombre de su carácter trascendental y destruir su definitiva significación personal.

Pero la persona humana trascendente es la base del humanismo cristiano, lo cual no implica contradicción con la autonomía del hombre, de la sociedad o de la ciencia. Las cosas creadas y la sociedad misma gozan de leyes propias que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco en consecuencia con esta exigencia de autonomía que se reclama constantemente en nuestro tiempo.

Es interesante su pensamiento cuando destaca la frontera esencial entre la secularización y el secularismo, que se establece en el artículo correspondiente de la «Gadium et Spes» y que explica la justa autonomía de las realidades terrenas. Mientras la secularización atribuye la justa y

debida autonomía a estas cosas, el secularismo proclama que hay que quitarle el mundo a Dios para dárselo todo al hombre. «Por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida.»

Toda sus meditaciones y conferencias en los ejercicios espirituales aludidos, se desarrollan de manera original bajo la inspiración del Concilio y se ocupa también del oscurecimiento en que surge el pensamiento de la alienación del hombre en sentido marxista. La religión ejerce —dice— según ellos una función alienante, que significa aquí deshumanizante. Se piensa por los mantenedores de estas ideologías que por la religión el hombre se priva a sí mismo de su propio derecho a la humanidad, en favor de Dios, es decir, para ellos en favor de un concepto que se ha formado por sí solo, sometiéndose por tanto a su propio producto como hombre. Semejante concepto de la alienación comporta la negación de la idea misma de Dios y lleva así a intentar la liberación de la idea de Dios para afirmar al hombre.

Este antropocentrismo laico, coloca al hombre solo en el universo y en la desesperanza, hay que oponerse a él porque mutila y trata de interrumpir el «itinerarium mentis in Deum». El hombre está solo y en su triste soledad ha de resolver todos los problemas que le afectan. Toda idea de salvación queda descartada en este materialismo elemental.

Esta asociación del materialismo con un intento de reivindicación exclusiva de la justicia social, me recuerda el tratamiento que le da Julián Marías en alguno de sus artículos sobre problemas del cristianismo. Efectivamente, los cristianos habían sido hasta tiempos relativamente recientes bastante indiferentes a los problemas de justicia social, pero a su vez por sus detractores se agrupaban todos los males como injusticia social, confundiendo lo que dependía de injusticia de las estructuras, con aquellos otros males de la vida que han dependido durante milenios de condiciones reales y poco o nada de la organización social o de la voluntad humana. Para el citado autor «la justicia social es aquella que corrige una situación social que envuelve una injusticia previa e invalida las conductas justas y los actos individuales de justicia».

Ahora bien, según él, considerada en su vertiente religio-

sa «la más atroz injusticia que se puede cometer con un hombre es despojarlo de su esperanza». La destrucción de una creencia salvífica a veces puede llegar a ser una crueldad. Para mí, dice Marías, esto es la máxima injusticia social, un despojo difícilmente perdonable que atenta a la misma realidad del hombre como tal.

Frente al mundo materialista, en que todo creacionismo trata de hacerse desaparecer para eliminar con ello la gratitud al Creador, levanta el Cardenal Wojtyla, con profundísimos conocimientos bíblicos, el misterio de Dios que es amor y que en función de tal crea el mundo y la inserción histórica de Cristo que predica la unión de los hombres, de los hijos del Dios Creador, en la verdad y en la caridad y nos recuerda que en el Vaticano II, fuente profunda de su inspiración, de su pensamiento y de su acción, se nos afirma que el hombre es la única criatura terrestre que Dios ha amado por sí misma, y no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás. En la constitución «Gaudium et spes», en la conclusión del primer capítulo «La dignidad de la persona humana», se manifiesta que Cristo al revelar el misterio del Padre y de su Amor, evidencia plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. «En Cristo la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual.» Pero la dignidad de la persona humana encuentra su fundamento en la conciencia. «En la obediencia interior a un principio objetivo que permite a la praxis humana distinguir el bien del mal» y no pierde el bien sustancial de la naturaleza humana: un sentido particular de la dignidad del hombre es cuando acepta la verdad de su pecar y se convierte.

La dimensión sacral es una exigencia de la naturaleza humana. El hombre se realiza a sí mismo en esta dimensión. Mediante lo sacro toda la vida humana queda esencialmente sublimada. Sin embargo, el mundo moderno ve en ello un principio de la alienación del hombre, que origina una tendencia desacralizadora de la vida moderna.

Toda la línea de pensamiento del Cardenal Wojtyla se desarrolla en una asociación del misterio de Dios al misterio del hombre y el sacerdocio representará para él una profun-

da hermenéutica del misterio del mundo y sobre todo, del misterio del hombre y deberá luchar contra el designio de los que pretenden imponer por la fuerza a los hombres, en algunos países, un mundo sin Dios. En las zonas de influencia más directa de cualquier clase de poder del materialismo, se procura destruir los signos y los símbolos de aquella hermenéutica que se refiere a la trascendencia del hombre aportada no sólo por el cristianismo sino también por otras religiones, en un intento de marginación del hombre que posee una verdad interior y un anhelo de trascendencia.

En los ejercicios espirituales dictados por el Cardenal Wojtyla, sobre los cuales hemos establecido la mayor parte de las consideraciones anteriores, hizo la presentación de un libro aparecido en Cracovia en 1975, titulado «¿Qué es para mí Jesucristo?», fruto de la encuesta promovida por un seminario católico polaco de orientación socio-cultural. La mayor parte de los encuestados fueron seglares y personas que atravesaban situaciones difíciles, entre ellas algunas de fe incierta e incluso no creyentes. Las respuestas son verdaderamente variadas. A nosotros nos han impresionado especialmente algunas de las que reproducimos, porque son expresivas de una misma inquietud manifestada a través de personas de sensibilidad y formación muy diferentes: «Para mí Cristo es la esperanza y el misterio.» «Cristo es aquel que arrastra con su ejemplo.» «Es el sentido y la meta.» «Una inagotable misericordia. Cristo es para mí el amor supremo que espera, perdona y abraza a todos los hombres sin excepción.»

Algunos confiesan sinceramente que para ellos Cristo es difícil. No basta con decir una vez en la vida ¡quiero! Hay que repetirlo continuamente en cualquier momento de dificultad. En las dificultades Cristo se hace más difícil, pero también más verdadero. El acto de fe diario abre el camino de la gracia. ¡La maravillosa colaboración de mi voluntad con la gracia!

Cristo es la gran atracción y contradicción para el hombre moderno. Dice el Concilio que todos los hombres, por razón de su dignidad, por ser personas, es decir, dotadas de razón y de voluntad libre y por tanto enaltecidas con una responsabilidad personal, son impulsadas por su propia

naturaleza a buscar la verdad y tienen la obligación moral de buscarla, sobre todo, en lo que se refiere a su intento de vincularse a las verdades religiosas. Están obligados a adherirse a la verdad conocida y a ordenar su vida según las exigencias de esa verdad. Pero no pueden satisfacer esta obligación de forma adecuada a su naturaleza si no gozan de libertad psicológica suficiente y al mismo tiempo si no están libres de cualquier coacción externa.

La libertad humana ha de estar controlada por su propia dignidad y no puede quedar al servicio del placer o de las conveniencias. La libertad humana obliga a hacer un uso de ella justo y responsable.

Sobre estos conceptos fundamentales explicitados en el Concilio, asimilados y bien resumidos por el Cardenal Wojtyla, se levanta toda su gran argumentación que de manera minuciosa le lleva a la exposición de su pensamiento sobre la familia y el amor humano, que se expresa claramente en su libro «Amor y Responsabilidad», concebido y editado bastantes años antes que sus Meditaciones, con motivo de su presencia en Roma en el año 1976 y que se concreta posteriormente, ya desde el Papado, cuando le fueron entregadas las 43 proposiciones del Sínodo de los Obispos sobre La Familia Cristiana en el Mundo de Hoy, que se celebró del 26 de septiembre de 1980 hasta el 25 de octubre del mismo año, en donde se le ruega que tenga a bien en el momento que considere oportuno presentar a la Iglesia Universal un documento sobre los cometidos de la familia cristiana.

El 22 de noviembre de 1981 fue firmada por Juan Pablo II la Exhortación Apostólica «Familiaris Consortio» sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual, en el que quedan incorporadas no sólo las proposiciones del Sínodo Episcopal sino el pensamiento sobre el amor y la familia que muchos años antes había quedado magníficamente analizado en el libro a que antes hemos aludido.

En esta exhortación, dirigida ya directamente a los creyentes, se alude a la situación de la familia en el mundo de hoy, que presenta aspectos positivos y negativos: «Signos los unos de la salvación de Cristo operante en el mundo, signos los otros del rechazo que el hombre opone al amor de Dios.»

Entre los primeros destaca una conciencia más viva de la libertad personal y una mayor atención a la calidad de las relaciones interpersonales en el matrimonio. Se destaca el progreso realizado en la promoción de la dignidad de la mujer, la procreación responsable y la educación de los hijos, y se proclama la necesidad de desarrollar relaciones entre las familias, en orden a una ayuda recíproca espiritual y material, al tiempo que se pone de manifiesto la responsabilidad de la familia en la construcción de una sociedad más justa.

Entre los aspectos negativos se alerta la existencia de una equivocada concepción teórica y práctica de la independencia de los cónyuges entre sí y la difícil relación entre padres e hijos, con grave dificultad para la transmisión de valores importantes. El número cada vez mayor de divorcios constituye un síntoma alarmante, que requiere un estudio real como posible exponente de la inestabilidad de la institución familiar.

En reciente comunicación a la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, nos hemos ocupado de recoger algunos datos sobre los problemas de la familia actual y entre ellos de manera más especial del progresivo aumento de divorcios, comparando las cifras de algunos países particularmente los que representan las dos potencias más importantes que antagónicamente luchan por el poder y la hegemonía sobre el mundo a través de sistemas políticos totalmente diferentes, basados unos en la libre competencia de mercado poseedores de una gran tradición democrática y otros de economía colectivista y burocrática. En una palabra, estableciendo determinadas comparaciones entre lo que sucede en los Estados Unidos de Norteamérica y lo que sucede en la Unión Soviética. Elló determinará que de aquí en adelante utilicemos muchos de los materiales de la deliberación antes citada.

Allí aludíamos a que posiblemente en ningún momento de la Historia se ha hablado tanto y tan polémicamente del matrimonio y de la familia como en las últimas décadas y de manera muy especial en las transcurridas a partir de la II Guerra Mundial.

Desde el momento en que en la cultura occidental se hizo cuestionable la universalidad de la institución familiar, no

considerándola como una categoría permanente sino mutable en el tiempo y en el espacio, ha sido necesario aceptar la existencia de diferentes tipos de familia que cambian en función de la época, de la geografía, del desarrollo económico, técnico y social y de las ideas filosóficas y religiosas predominantes en la cultura donde se desarrolla este grupo básico que podemos considerar como «un fenómeno social total», siguiendo los conceptos de Mauss y Durkheim, para los que la familia no es un grupo natural constituido por padres, hijos y parientes, sino una institución social producida por causas sociales. Levi-Strauss, nos dice que el reconocimiento del tabú del incesto es la creación social de la familia, que iría experimentando un proceso de contracción hasta acabar en la familia conyugal o nuclear, que hemos venido considerando como normal a medida que se ha producido el gran relajo de los lazos de parentesco y de la familia extensa.

En los estudios y aportaciones de etnólogos, antropólogos y demógrafos, se nos hicieron patentes los complejos fenómenos del desarrollo de la población y del grupo familiar, pero es indudable que una visión general impresa por el común sentir de la cultura judeo-cristiana, ha contribuido de manera fundamental a la instauración, como sentimiento arraigado del modelo de familia monógama y estable, con matices y diferenciaciones dentro de ella, siendo este tipo el que actualmente se encuentra en crisis bajo la presión de factores de muy distinto orden, de algunos de los cuales nos ocuparemos.

Los primeros problemas fueron planteados a partir del siglo anterior con la revolución industrial, que ocasiona una serie de desplazamientos de los núcleos familiares hacia centros urbanos, en los que se iban localizando las diversas industrias, engendrando nuevas pautas de trabajo tanto para el hombre como para la mujer, creándose zonas de inestabilidad económica que aun dentro del desarrollo progresivo y favorable de la población y de la mejora de condiciones de vida para determinados grupos, alentaba también la creación de un proletariado todavía indefenso con altísimas tasas de natalidad y mortalidad.

Ya a finales del siglo XVIII, en 1798, se había publicado



por Malthus el «Ensayo sobre el principio de población», de todos bien conocido y que si bien no ha tenido confirmación hasta la fecha en su formulación matemática por el desarrollo tecnológico que ha determinado la creación y aumento de los medios de subsistencia, muy por encima de lo previsto, el malthusianismo ha quedado incorporado a los problemas demográficos al establecer el principio de la necesidad de limitar el desarrollo de la población, disminuyendo el número de hijos en cada matrimonio de acuerdo con la capacidad de la familia para subvenir a sus necesidades vitales.

Después de un largo período en que la familia, que poseía todavía muchos caracteres de la familia extensa, sufre los efectos del desarraigo rural, la alta mortalidad existente comienza a bajar desde comienzos de siglo de manera importante merced a los progresos de la Medicina y de las ciencias de la salud, descenso que empezó a ser compensado a medida que progresaba la industrialización con el decrecimiento paulatino de las tasas de natalidad, creando a su vez una serie de problemas por los cambios producidos en la estructura de las poblaciones cuyo envejecimiento aumenta a medida que el número de hijos por matrimonio se hace cada vez menor.

No es nuestra intención penetrar en el problema demográfico en cuanto tal, pero sí aludir que microsociológicamente es bajo la presión demográfica cómo se establece un cambio de mentalidad en las parejas que sustentan una ambición de mejora o de cambio económico y para ello limitan el número de hijos, utilizando los medios más o menos a su alcance. Esto se va extendiendo a las capas sociales más modestas a medida que crece la información sobre estos medios y así comienza a establecerse una distinción, que será siempre muy discutida, pero que existe, entre la función procreadora y educadora de los hijos y aquella otra dimanante de la satisfacción sexual como gratificación legítima de la vida en común.

Puesto el foco de observación sobre la realidad de estos hechos, pasa a primera línea la necesidad de desarrollar estudios que nos pongan de manifiesto la dinámica interna de la pareja, de sus responsabilidades en la convivencia y de las consecuencias próximas o remotas que pueden afectar a

su estabilidad y a su realización en el desempeño de las funciones que la sociedad espera de ella.

Aunque la familia constituye una institución universal, sus características son diferentes en las distintas sociedades humanas, estando condicionadas, según hemos indicado, por su cultura, creencias religiosas, tradiciones y sistema económico. Dentro de nuestra cultura occidental son sorprendentes los cambios operados dentro de lo que ha sido llamado la familia tradicional, en lo que se refiere a los deberes respectivos de la pareja y en la significación de las líneas de parentesco.

Cuando más adelante empecemos a dar cuenta del grado de inestabilidad a que ha llegado la familia norteamericana en los últimos años, siempre que aceptemos como medida de ello el creciente e insospechado número de divorcios, tiene cierta emoción recordar que Alexi de Tocqueville vio la familia americana tan diferente de la europea que consideraba aquélla como un baluarte ejemplar y estable de la democracia y de la sobriedad, escribiendo en 1830 que percibía una forma de igualdad en la pareja distinta a la europea, igualdad que prevalecía alrededor del hogar doméstico, siendo muy destacado el reconocimiento que se hacía de la igualdad de valor que tenía para la sociedad la mujer y el hombre. En este sentido la historia posterior ha confirmado el desarrollo de esta igualdad, pero intentando ser conseguida mediante una esforzada lucha de los núcleos feministas de la sociedad americana, que no han conseguido en cambio que esto fuera un hecho que reforzara el hogar doméstico sino que ha contribuido en muchos casos a su disolución en algo muy parecido a una manifestación de la lucha de los sexos. Es cierto que el aspecto igualitario ha representado un esfuerzo progresivo constante, beneficioso y digno, pero quizá no preveyó Tocqueville los derroteros posteriores a recorrer en lo que se refiere a armonía, sobriedad y estabilidad suficiente para el desarrollo de una prolongada vida en común.

Poco después de la visita de Tocqueville, se publica en Filadelfia por un señor Carey, unas ingenuas y emocionantes reglas prácticas para la promoción de la felicidad doméstica, reproducidas en un trabajo relativamente reciente de Ross,

Sawhill y colaboradores. En ellas merece destacarse en primer lugar las admoniciones que dirige a los escritores contemporáneos por menosprecio que hacen de la mujer al no considerarla más que como mera guardadora del hogar.

Las normas de comportamiento van dirigidas separadamente a maridos y a esposas y entre ellas marca la obligación para el hombre de considerar a la mujer como su igual y nunca dirigirse a ella con aire de autoridad sino de colaboración, requiriendo su consejo y opinión, ya que —dice— no encontrará nunca consejero más profundamente interesado en su bienestar que la mujer propia. A ella le recomienda a su vez, entre otras muchas cosas, el mantenimiento de una buena información sobre problemas que puedan interesar al marido, permitiéndole mantener conversaciones razonables con él y con sus amigos.

En resumen, en este escrito, al que aludimos como curiosidad, se defienden principios que ahora estimamos fundamentales para la estabilidad y permanencia de una pareja, lo cual implica un cierto paralelismo cultural entre los cónyuges.

Este reconocimiento de la igualdad de la mujer bien informada, con nivel cultural suficiente y con capacidad de realizar misiones concretas, muchas veces diferentes, viene a concordar con nuestro pensamiento actual de la necesidad de crear en los dos sexos los instrumentos necesarios de tipo cultural que, junto con otras condiciones emocionales, permitan el cultivo de la *comunicación* mutua, sin la cual sabemos hoy la imposibilidad de mantener el tipo de relación que requiere una vida en común para conseguir su permanencia y estabilidad.

Pero en otras latitudes comenzaremos a percibir también en el siglo anterior el origen y desarrollo de los ataques a la familia tradicional monógama, con decisión de permanencia, que ha predominado en el mundo occidental. Desde el punto de vista teórico es el utópico Fourier, que concibe el falansterio como la unidad fundamental de la sociedad, cuya estructura y funciones se basan en la dinámica de las pasiones humanas al servicio del propio interés y del de los demás.

Pero lo que merece atención especial, por haber dejado

huella permanente con un sentido sociológico de reconstitución histórica y al mismo tiempo con gran capacidad demoleadora, es la publicación por Federico Engels, en 1884, de «El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado», donde se proclama el gran contenido de manipulación económica que tiene el matrimonio y la familia, en donde la mujer es en realidad considerada como prenda de cambio, con menosprecio y sacrificio de su libertad. Este es el comienzo que conducirá pasados los años a la práctica disolución de la familia en la revolución comunista rusa.

Por otros caminos comienzan a progresar importantes estudios sobre la familia, fundamentalmente en los Estados Unidos a partir de la terminación de la Primera Guerra Mundial, desempeñando en ellos un papel importante la escuela interaccionista de Chicago bajo la dirección de E. Burgess, pero a partir de entonces y de manera muy acentuada a partir de la Segunda Guerra Mundial, se van rebasando los objetivos de la sociología científica para entrar en un mundo fuertemente polémico en donde adquirirán una especial crispación precisamente en los años que siguieron a la terminación de ésta.

Como más adelante señalaremos, inmediatamente después de la terminación de la guerra existe un período de reajustes familiares seguido de una exaltación de la mujer en su papel de madre y de ama de casa. Así nos lo acentúa Betty Friedan en «La mística de la femineidad», donde afirma que la mujer oyó la voz de la tradición y el sofisma de Freud de que una mujer no puede desear mejor destino que la sublimación de su propia femineidad, lo que la condujo a un estado en el que las neurosis eran frecuentes, según ella, por el tipo de encerramiento y de absoluta dedicación a sus funciones domésticas. Describe un conjunto de síntomas que fue denominado por algunos médicos como el «síndrome del ama de casa».

Pero entretanto y en estos años, al parecer muy desgraciados según la Friedan para la mujer en los Estados Unidos, hubo un crecimiento importante de la natalidad y descendió el número de divorcios.

A partir de los años 50 una fuerte politización ha impregnado el tema al entrar en conflicto concepciones opuestas

acerca de los fenómenos reales que están acaeciendo y de sus posibles repercusiones en el futuro. Hay el hecho fundamental de la incorporación de la mujer al trabajo, en algunos países de forma masiva, produciéndose de forma tal que en líneas generales parece un fenómeno irreversible. Se trata de encontrar modelos en los que pueda encajar esta actividad liberadora y dignificadora de la mujer sin necesidad de que renuncie a su derecho a la maternidad. La subsistencia de la familia depende en gran parte de hacer posible una compatibilidad de estos hechos nuevos con las funciones que hasta la fecha se han considerado como fundamentales y justificativas del núcleo familiar: la crianza y educación de los hijos en la cual van incluidos factores afectivos y emocionales, de gran repercusión en los caracteres de la personalidad profunda de los futuros adolescentes y adultos.

La familia parsoniana, que en un momento se consideró como representativa de la clase media americana, y las modalidades más o menos semejantes a ella en su planteamiento de estabilidad funcional, es combatida implacablemente al fundamentarse su funcionalidad en la aceptación de papeles diferenciales y responsabilidades distintas de los dos sexos. Ha sido exaltada o al menos defendida por los sectores conservadores y más o menos confesionales del mundo occidental, considerándola como una institución básica y fundamental de la sociedad, llena de virtualidades positivas y con una extraordinaria capacidad de adaptación a las más variadas situaciones sociales.

Parsons piensa que la familia descrita por él transmite a los niños y a los jóvenes los valores de la sociedad global de su tiempo, particularmente los valores de realización que caracterizan a la sociedad industrial avanzada. Estos valores son inculcados a los niños y gracias a los roles representados por los padres en el grupo familiar y en la sociedad. La capacidad de internalización de estos valores es precisamente lo que da origen a la más fuerte oposición que se hace a este tipo de familia por los sectores más radicalizados o simplemente por aquellos otros, y en gran parte con razón, que son capaces de producir consecuencias que estos sectores estiman nefastas en el caso de las niñas, contribuyendo a una discriminación de origen en la distribución de papeles,

lo que es considerado por algunos autores que es semejante a la discriminación racial.

Pero hay sectores más extremistas que declaran totalmente nefasta la existencia de la familia cualquiera que sea su configuración y no solamente considerada en este aspecto. Para ellos, entre los que se distingue por ejemplo el famoso antipsiquiatra David Cooper, la familia en su conjunto es un instrumento de dominación que fomenta todas las actitudes regresivas atentatorias a la libertad individual y a la capacidad de disponibilidad del hombre frente a su futuro, permitiendo la creación de un ambiente propicio no sólo para mutilar el concepto supremo de libertad sino también para desarrollar un alto grado de patogenicidad en la mente humana, que se siente encarcelada contradictoriamente en un mundo opresivo. Los tabúes son numerosos en el sistema familiar, pero el más grave según Cooper es la *implícita prohibición de autonomía*, por lo que defiende que el abandono de la casa por el hijo debe ser muy precoz. La familia tiende más a crear papeles determinados que a establecer condiciones adecuadas que permitan al individuo tomar sobre sí el problema de su propia identidad. Al establecer un sistema de tabúes al igual que otras presiones sociales, inculca sistemáticamente un sentimiento de *culpabilidad* «espada de Damocles» que llevará el sujeto sobre su cabeza cualquiera que sean sus experiencias o las recomendaciones de la sociedad de su tiempo. «El complejo de castración lejos de ser patológico es una necesidad inherente a las sociedades burguesas.»

Las actitudes de unos y otros respecto a la familia parecen irreconciliables. Todos hablan de la gran crisis de esta vieja institución que se ha manifestado como necesaria bajo formas muy distintas a través de la historia. Es indudable que atravesamos momentos difíciles y que son muchos los peligros que la acechan y los intereses que se concitan en uno u otro sentido.

No está de más que reflexionemos que cuando nuestro organismo funciona normalmente se percibe poco de este funcionamiento y apenas se habla de él. Por el contrario cuando aparece el dolor, o la enfermedad nos crea problemas, se nos hace presente este organismo y percibimos su

existencia visceral convirtiéndose en algo que estimamos preocupante y amenazador, prestando sensible atención a sus más pequeñas llamadas.

De manera análoga escuchamos actualmente por doquier palabras que nos hablan de la crisis de la familia y en consecuencia hemos de deducir que algo indudablemente importante está sucediendo para que nuestra atención sea atraída tan fuertemente, tanto desde el punto de vista humano como científico.

Es necesario someter la nueva situación a un análisis detenido lo más objetivo posible, reservándonos para el final nuestras propias convicciones personales, pero eso sí, sin dejarnos llevar por las corrientes que ponen un énfasis desmedido en los aspectos negativos que pretenden crear un clima testamentario en el que cualquier opinión que vaya en contra de estas corrientes estimadas progresistas, muchas veces con gran frivolidad e incluso, con menosprecio de serias objeciones científicas, tratan de prescindir de determinados valores humanos de los que alegremente se olvidan.

Con excesiva frecuencia leemos las propuestas más extremistas y generalmente irresponsables, que nos hablan de la inevitable desaparición y aniquilamiento de institución que tan resistente se ha manifestado a través de la Historia en la que están implicados valores supraindividuales no tenidos en consideración en muchas ocasiones.

Estas ideas proceden de grupos que precisamente por estar politizados consiguen cierta resonancia y algún proselitismo. Son los defensores y continuadores de aquellos que crearon a principios de siglo las bases de la revolución sexual, como factor imprescindible para una revolución social verdadera.

Los primeros pasos en la revolución sexual se dan por dos personalidades de distinta procedencia, que son Alexandra Kolontai y Wilhelm Reich. La primera se nos aparece como una mujer impregnada de un gran idealismo, que lucha en los aspectos económicos y sexuales mediante una gran actividad política durante la revolución rusa y una producción escrita considerable. Apoyándose en los grupos de Oposición Obrera que trataban de mantener una mayor

representación democrática en el Partido Comunista, se enfrenta con el aparato burocrático del Partido.

Su concepción de la nueva moral en lo que afecta a las relaciones sexuales, la desarrolló detalladamente en su libro titulado «La Nueva Moral y la Clase Obrera». Su extremismo fue grande y a ella se atribuye la declaración, que se hizo famosa, de que los contactos sexuales eran cuestiones tan simples y tan poco problemáticos como beber un vaso de agua. En conversaciones mantenidas por Lenin con Clara Zetkin le confiesa éste último que la teoría del vaso de agua es absolutamente antimarxista y además antisocial, manifestando su preocupación por la nueva actitud de los jóvenes en los problemas de la vida sexual, partiendo del error de considerar ésto como un principio revolucionario comunista. «La nueva vida sexual de la juventud y a veces también de los viejos, suele parecer puramente burguesa y una prolongación de sus burdeles. Esto no tiene nada en común con la libertad de amar tal como nosotros los comunistas la comprendemos. Beber agua es un asunto individual. En el amor dos vidas están implicadas, pero también una tercera, una vida nueva que surge. Esto es lo que le asigna un interés social, lo que crea un deber hacia la comunidad.»

Las anteriores palabras tienen el interés de estar pronunciadas por el hombre que suprimió por decreto la familia, estableció el divorcio con la simple voluntad de una de las partes, autorizó el aborto y fue el desencadenante de la gran revolución social, que no se consideraba posible sin la destrucción de la familia y la equiparación a todos los efectos de la mujer al varón, de manera muy especial en lo que se refiere al sexo y al trabajo.

La revolución sexual desintegró radicalmente la familia en todas las capas de la población en un proceso caótico que, como nos confiesa el propio Reich, engendró terror y confusión; y es que en realidad lo que le estorbaba a la revolución no era la familia sino la familia burguesa, precisamente por considerar que la virtualidad de esta institución es su capacidad de transmitir unas pautas de comportamiento.

Tendrán que pasar varios años para dar paso a un cierto restablecimiento, con todas las restricciones e inconvenientes de los que más adelante hablaremos, de la unidad familiar en



la medida en que se considera por el mando político que en la familia serán transmitidas ahora las pautas comunistas, aunque teóricamente se piense que los hijos son del Estado y al Estado compete su custodia y formación.

Desde los primeros años de la revolución empezaban a quebrar algunas de las proposiciones mantenidas por Marx y Engels, que sostenían que las relaciones entre los sexos deben ser un asunto absolutamente personal que sólo concierne a los interesados, en el cual no debe mezclarse la sociedad. Este milagro sería posible con la supresión de la propiedad privada, la emancipación económica de la mujer y la educación de los hijos por el Estado, eliminando así los dos fundamentos esenciales del matrimonio y de la familia: la dependencia de las mujeres frente a los maridos y la de los hijos frente a los padres. En el fondo latía la acusación, ya lanzada por Fourier y que luego ha tenido muchos secuaces, unos más en serio y otros como Bernard Shaw con cierto grado de humorismo, que el matrimonio aparece como una forma de prostitución legalizada en el plan económico y en el sexual dentro de la sociedad burguesa.

Lenin pensaba que habían conseguido incorporar la flor de las mujeres revolucionarias, pero que era necesario reclutar a los millones de mujeres de la ciudad y del campo para la reconstrucción comunista de la economía y del matrimonio.

No existen estadísticas de los primeros años de la Revolución. Las parejas se formaban y se separaban, cumpliendo o sin cumplir los trámites de registro. En unos años la proporción de niños abandonados creció en proporciones espantosas y bien conocido es que pronto empezaron a aparecer hordas infantiles y adolescentes invasoras de pueblos y ciudades, donde mendigaban y cometían actos de pillaje. No había refugio para los niños y las bandas se disolvían y reorganizaban, teniendo a su frente en ocasiones criminales más veteranos.

La subida de Stalin al poder representa un cambio importante en este aspecto, hasta el punto de ser considerado traidor a los ideales de sus predecesores y en realidad intentaba establecer un orden en el caos, aunque posteriormente de forma paulatina se fuera constituyendo su figura de

dictador implacable y de asesino de muchos de sus viejos compañeros, entre ellos algunos de los amantes más permanentes y cercanos a Alexandra Kolontai.

Los ideólogos de la revolución social, entre ellos de manera muy destacada Reich, de cuya figura nos ocuparemos brevemente más adelante, se sintieron defraudados al promulgarse el nuevo código del matrimonio y la familia en 1926, en el cual se endurecía el tipo de las responsabilidades que arrastraba el matrimonio. Ya a partir de 1923 comienza a manifestarse claramente una cierta evolución de la actitud revolucionaria en lo que afectaba a la vida personal y cultural; pero fueron ideas y ambientes creados en el mundo social comunista sin tener repercusiones legislativas más adelante. Al mismo tiempo que se seguían en lo económico las ideas originales de Marx y Engels, se pensaba que existían problemas relacionados con la vida que caían bajo el dominio de una revolución cultural necesaria, pero no atendible de momento, por los gravísimos problemas creados a los que había que hacer frente. En esta revolución cultural se incluían los problemas sexuales que requerían nuevas consideraciones, experiencias y estudios. Se estaba produciendo de manera muy nebulosa aún una toma de conciencia del aspecto conflictivo que representaba la sexualidad en el concierto general de los problemas sociales, aunque las mentes directivas estaban dispuestas a mentener a todo trance que no se llegara a conclusiones en virtud de las cuales adquiriera vigencia una incompatibilidad posible entre las necesidades económicas y las sexuales.

Grandes masas de mano de obra femenina se incorporaron a la industria. No obstante las reservas manifestadas por Lenin sobre los problemas de promiscuidad, presentados en los primeros años de la Revolución, afirmaba en noviembre de 1918, que ningún cambio social importante se puede producir sin la incorporación masiva de la mujer al trabajo, donde era necesaria para la reconstrucción de la sociedad soviética. Será trabajando —dice— como aprenderán las mujeres a conocer los problemas igual que los hombres y merced a ello podrán colaborar con iguales títulos que ellos en los puestos de mayor responsabilidad.

A partir de la entrada en vigor de la nueva legislación en

el año 1926, comenzaron a regularse masivamente las uniones no registradas, por lo general a instancias de las mujeres. Poco a poco las leyes liberales concernientes a las relaciones sexuales, al matrimonio y a la familia se hicieron más severas, estableciendo procedimientos de divorcio cada vez más complicados y costosos. Los tribunales locales no podían pronunciarse en definitiva sino sólo tratar de reconciliar a las parejas.

Con la implantación de la N.E.P. hizo su aparición una nueva clase con poder económico, que tuvo su repercusión en una nueva presencia del amor venal, lo cual dio origen a una campaña intensiva en contra de la disolución de las costumbres. Pero el matrimonio comenzó a tener más partidarios merced a los problemas de encontrar vivienda, aunque fuera una sola habitación en pésimas condiciones. Conseguido un habitáculo, la pareja debía permanecer unida para no perderlo. Las tasas de maternidad comenzaron a elevarse y a pesar del reconocimiento del aborto libre y las facilidades dadas para realizarlo, las mujeres normales y jóvenes preferían en una gran proporción acceder a la maternidad y tener hijos.

Desde el punto de vista demográfico los rusos mantuvieron durante mucho tiempo que el problema de la limitación de la natalidad era un asunto burgués, propio de los países capitalistas que no podían organizar la economía en forma que los aumentos de población no crearan problemas. Al cabo de algunos años evolucionaron en un sentido restrictivo, pero posteriormente con el desequilibrio demográfico producido por la gran mortandad, especialmente masculina, de la II Guerra Mundial, volvieron de nuevo a la política de fomentar el crecimiento de la población.

El 8 de julio de 1944 se promulgó una enmienda especial a la ley que regulaba el matrimonio y la familia, que fue especialmente dura para la mujer en su intento de reconstruir el grave fallo de la población. La invasión alemana produjo un desastre demográfico que condicionó en cierto modo la política comunista en relación con la mujer.

La guerra había destruido alrededor de 20 millones de personas de la población rusa, con enorme predominio de las pérdidas masculinas. Por una parte había que atender a

la reconstrucción con una exigencia masiva de mano de obra femenina. Todavía en 1970, más de veinte años después del final de la guerra, las estadísticas arrojaban 130.430.000 mujeres frente a 111.300.000 hombres. Hay que suponer que en el año 1945 la desproporción era aún mayor.

Aunque más adelante nos ocuparemos de algunas cifras del divorcio, que tienen cierto paralelismo con el mundo occidental, destacaremos que después de las medidas rigurosas el número de matrimonios aumentaba rápidamente y el de divorcios disminuía en proporción análoga. En 1940 fueron concedidos alrededor de 200.000. La cifra más baja se produjo en 1950 con sólo 67.000. A partir de este momento comienza a ascender en la forma que más adelante consideraremos.

Ya hemos indicado anteriormente que gran parte de la legislación familiar a partir de los años cuarenta se realiza bajo una presión de la política demográfica y no bajo una rectificación profunda de conceptos fundamentales en lo que afecta a las relaciones entre los sexos. Los hombres solteros fueron sometidos a impuestos muy elevados. No así la mujer puesto que matemáticamente su número era muy superior al de varones disponibles. La maternidad fue considerada como un deber patriótico, otorgándose grandes condecoraciones a las madres de familia numerosa. Las más beneficiadas por la ley de 1944 fueron las madres solteras, que gozaban de privilegios especiales. El Estado asumía la carga de los hijos en todo o en parte. Los hombres eran descargados de cualquier responsabilidad moral o financiera respecto a los hijos concebidos fuera del matrimonio, sin que ninguna mujer pudiera entablar una acción de reconocimiento de la paternidad. En el año 1945, poco después de la promulgación de la nueva ley, 280.000 madres solteras solicitaron la ayuda financiera del Estado. En 1950 fueron 1.700.000 y 3.200.000 en 1957. A partir de esta fecha el número de madres solteras que reclamaban la ayuda del Estado comenzó a disminuir. En 1966, al promulgar una enmienda a la ley del divorcio que aliviaba las condiciones para su concesión, se dobló en un año de 300.000 a 646.000.

Aunque los procedimientos de divorcio se han ido simplificando, los tribunales deben intentar siempre la reconci-

liación de las parejas, pero no pueden oponerse a la concepción si los intereses de los hijos quedan salvaguardados. Para los niños de parejas divorciadas y legalmente registradas, los padres debían pagar una pensión alimenticia basada en el salario y como el Estado era el único patrón los pagos eran automáticamente deducidos de los ingresos. Todo padre divorciado debía pagar la cuarta parte de sus ingresos para un hijo, el tercio para dos y la mitad para tres. Si había más de tres hijos por lo general no se autorizaba el divorcio. En caso de divorcio, aunque su antigua esposa se volviera a casar y tuviera ingresos muy superiores, había que seguir pagando. Este es el mecanismo por el que la mayor parte de las parejas irregulares se apresuraron a legalizar su unión a demanda de la mujer, a fin de asegurar un *status* legal a sus hijos.

Actualmente la paternidad puede ser voluntariamente admitida o puede ser determinada por un tribunal a instancias de la madre soltera y el padre del hijo natural está obligado a contribuir a su mantenimiento como todo padre casado.

Estos juicios de determinación de la paternidad han solido ser siempre verdaderamente conflictivos. La invocación última a las ciencias médicas no ha conseguido resolver definitivamente el problema, aunque en nuestros días, y no en los años de los que estamos hablando, el avance ha sido extraordinario, ya que varios centros científicos de los Estados Unidos han llegado a establecer una prueba que se considera como decisiva y que llega a una certidumbre de casi el 99 % en la identidad paterna en miles de casos de niños cuya investigación ha sido planteada ante los tribunales. Es la prueba sanguínea que se conoce con el nombre de «Human-Leukocyte-Antigen» (HLA), que ha progresado merced a los estudios sobre las técnicas de los trasplantes de órganos, al plantearse el problema de comprobar la compatibilidad entre los donantes y receptores de órganos para evitar las reacciones de rechazo.

Conviene recordar que a través de la historia la última diferencia conflictiva entre la igualdad de los sexos es la certeza clara de la maternidad y la posible incertidumbre del engendrador.

Antes de seguir adelante dedicaremos alguna atención a la figura de Wilhem Reich, discípulo disidente de Freud, que sin haber sido capaz de crear una escuela científica seria, capaz de compartir sus teorías, ha representado en cambio un gran impacto en la posible justificación de una vida sexual promiscua, dentro de lo que él llama economía de la sexualidad.

No es ocasión de reiterar aquí las viejas y controvertidas concepciones de Freud, que pasan por distintas fases y llegan hasta nuestros días en versiones diferentes según las escuelas que han tenido como origen su obra de incalculable valor. Pero conocemos que se apoya fundamentalmente en el hecho de que la represión de los instintos por la presión social y la elaboración en el subconsciente de una manifestación sublimada de estos instintos, es capaz de producir la neurosis. Pero también según su pensamiento la cultura en cierto modo debe su existencia al rechazo de los instintos y a la renuncia del principio del placer. Para Reich, la cultura que se crea por este mecanismo es la patriarcal y autoritaria que él rechaza totalmente, porque es un revolucionario paranoico que terminó sus días internado muchos años después en una clínica mental de los Estados Unidos.

Reich cree que su maestro era personalmente demasiado conservador y se dio cuenta en sus primeros trabajos que su pensamiento conduciría a la revolución sexual, que traería como consecuencia inevitablemente la revolución social, puesto que él descubrió también que el inconsciente estaba lleno de impulsos antisociales que la práctica psicoanalítica parece haber confirmado en muchos casos.

La situación contradictoria que plantea Reich, es que el ser humano desde la niñez, debe rechazar sus funciones instintivas para conseguir su adaptación cultural, adquiriendo por este proceso una neurosis que a su vez le hace incapaz de desarrollo cultural y de adaptación suficiente hasta llegar a convertirse en muchos casos en un ser antisocial.

Freud, consiguió la aceptación social de sus ideas afirmando que el psicoanálisis no espera la curación de las enfermedades neuróticas por el libre ejercicio de la sexualidad. Al contrario, la toma de conciencia de los deseos

sexuales reprimidos hace posible su control en forma más adecuada que el realizado por la represión.

Reich defendió que la regulación moral de la vida instintual crea precisamente lo que trata de eliminar: las impulsiones asociales que deben su existencia a la moral coercitiva. La supresión de esta moral coercitiva modificará la estructura psíquica de los individuos que sean capaces de vida social y de trabajo sin estar sometidos a presión moral o a una autoridad, quedando condicionados a una disciplina voluntaria que no se puede imponer desde el exterior. Para el autor que venimos citando, en el período de transición de una sociedad autoritaria a una sociedad libre sólo debe utilizarse la reglamentación moral para las impulsiones secundarias y antisociales, propugnando que la moralidad de la economía sexual es la moralidad del futuro mediante la autorregulación, con rechazo de toda norma o regla absoluta y el reconocimiento de que lo importante es la voluntad de vivir y la alegría de vivir como ordenadora de la vida social.

Finalmente subrayemos que Reich lanza grandes ataques contra los reformadores en materia de sexualidad, que no aceptan las consecuencias últimas de sus repercusiones sociales más amplias.

Los ataques a Freud han proseguido en Norteamérica por todo el movimiento feminista, aunque en sus comienzos con un sentido distinto. Se atribuye al pensamiento freudiano el dar un excesivo protagonismo a la represión sexual, sin tener en cuenta que lo que provoca un gran número de neurosis en la mujer es en gran parte debido a la necesidad o al impulso hacia el desarrollo humano que consideran necesidad tan primaria y básica como el sexo.

Los estados de depresión y las alteraciones psíquicas en la mujer son debidos a lo que la Friedan denominó la mística de la femineidad, al sentirse encerradas de manera exclusiva en su papel de madres, esposas y amas de casa. Esa sería su verdadera castración.

Estas ideas que no están apoyadas científicamente en la mayor parte de los casos, han tenido una enorme influencia en la creación de una nueva mentalidad en las generaciones más jóvenes a partir de los años 60. Las traducciones a todos los idiomas de la mucha literatura aparecida sobre la revolu-

ción sexual, ha sido un vehículo favorable para el establecimiento real de la misma y sus consecuencias no son previsibles de momento en la configuración del futuro de las relaciones entre los sexos, las ideas sobre el matrimonio y la familia y los problemas de todo orden que se han suscitado.

Hemos dedicado especial atención a la evolución pragmática y real que han tenido en la Unión Soviética las corrientes ideológicas de la liberación y emancipación de la mujer, profundamente ligadas a la revolución social en una transición violenta y caótica para el establecimiento de un determinado tipo de sociedad. Este fenómeno no se produce con la misma violencia en el resto de los países europeos del Este, en donde se ha establecido este modelo. Pero en lugar de hacer matizaciones sobre este bloque, queremos ocuparnos de lo que ha sucedido y está sucediendo en el mundo occidental, en el que naturalmente existen modalidades y diferencias según los países, pero vamos a tomar como ejemplo el más significado en lo que se refiere a las repercusiones en el desarrollo social práctico de la liberación y emancipación de la mujer, mostrando el cambio real del tipo de familia tal como ha evolucionado en los Estados Unidos de América del Norte, donde se han manifestado con más apasionamiento los grupos promotores del cambio y de la liberación de la mujer. El examen de algunos datos numéricos obtenidos a partir de fuentes censales o de encuestas realizadas, nos coloca en un estado de temor e inquietud respecto al futuro de la institución familiar en los países libres, en donde comienzan a manifestarse unas pautas paralelas a medida que progresa el fenómeno de industrialización y urbanismo, creando prácticamente los mismos problemas de adaptación del grupo familiar a las nuevas circunstancias sociales y a las revoluciones culturales que se proponen como alternativa a la vieja familia tradicional e incluso a la más modernizada, que es odiada profundamente por los sectores feministas más exaltados, siendo especial objeto de ataque aquellos modelos que tuvieron vigencia hacia los años 40 por los sociólogos que más o menos se aproximaron al modelo estructural funcional de Parsons.

Los datos numéricos que vamos a utilizar están tomados en gran parte de Norton y Glick, aparecidos en «The Wilson



Quarterly» en 1977, en donde se comparan las tasas de primeros matrimonios, divorcios y matrimonios sucesivos del divorciado. A partir del año 1920 las líneas trazadas sobre esos datos siguen un curso paralelo, considerando la tasa de primeros matrimonios referida a 1.000 mujeres solteras de 14 a 44 años. Estas líneas acusan muy bien los acontecimientos fundamentales que pueden influir en contraer matrimonio o de conseguir el divorcio. Las tasas de divorcio están tomadas por los producidos en mujeres comprendidas en la misma edad y las de matrimonios sucesivos sobre los concertados por cada 1.000 mujeres viudas o divorciadas comprendidas entre los 14 y los 54 años. Así aparece al final de los años 20, con la depresión económica, que se elevan discretamente en la medida que ésta se recupera y comienza a ascender hasta alcanzar altas cotas inmediatamente después de la II Guerra Mundial, acusando un fuerte pico en los divorcios, que puede ser explicado en gran parte por las separaciones y dislocaciones familiares producidas durante los largos períodos de desajustes que la guerra había causado. Durante la década de los 60, comienza a producirse una regresión en los primeros matrimonios y una subida hasta cierto punto paralela en los divorcios y matrimonios ulteriores. A partir de los años 70 el divorcio comienza a subir de manera espectacular mientras que los segundos matrimonios comienzan a declinar suavemente.

El sentimiento de alivio y de distensión que sigue a la II Guerra Mundial justifica el incremento sustancial, aunque transitorio, de las tres tasas. Es natural que al haber mayor cantidad de divorcios se produce un número mayor de segundos matrimonios. Pero a partir de los años 60 y al no manifestarse una correspondencia entre la subida casi vertical de los divorcios con la más discreta de los segundos matrimonios y junto a ello el descenso paulatino de las tasas de primeros matrimonios, nos pone sobre la pista de estarse produciendo un cambio general de actitud frente al establecimiento de este vínculo, que obedece a una nueva percepción de en qué consiste el matrimonio y la institución familiar; hecho que se produce bajo la presión de nuevas ideas que modifican el talante general con que se ven los

progresos de la libertad sexual. Ello afecta de manera muy directa a la mentalidad femenina, impresionada por los núcleos cada vez más presentes en la sociedad americana que luchan por la liberación y emancipación de la mujer en todos sus aspectos.

Es conveniente recordar el intento que hace Arianna Stassinopoulos de distinguir entre los conceptos de emancipación de la mujer y de liberación, en el sentido que le da a éste último el Movimiento de Liberación Femenina. Para ella, según hemos citado ya en alguna otra ocasión, la emancipación puede y debe reconocer una serie de diferencias entre lo masculino y lo femenino y, sin embargo, exigir un papel de igualdad acordada en los que específicamente son femeninos. La emancipación exige la desaparición de todas las barreras profesionales o de trabajo que se opongan a la mujer. Las *liberadoras* exigen la supresión de todos los roles femeninos y significa una igualdad de comportamiento, presionando a la mujer para que juegue papeles masculinos.

Asegura que la verdadera mujer se separa del Movimiento de Liberación Femenina en razón de las diferencias cualitativas fundamentales entre la idea de liberación y la de emancipación. Es necesario evitar el que los papeles femeninos sean denigrados y se busque un «unisexo» imposible con pérdida de valores específicos de cada uno de ellos. «Dios creó al hombre y lo creó mujer y varón.» La mujer emancipada debe tener exactamente los mismos derechos que el hombre, pero no hay que forzar las cosas hasta el punto que las mujeres deban figurar en número igual a los hombres en todas las profesiones, puesto que así serán obligadas a adoptar valores masculinos.

Esto no quiere decir que la mujer no pueda y deba trabajar como persona libre, contribuyendo con ello al desarrollo y progreso social y en la medida que su vocación lo permita o exija conseguir objetivos de realización personal, al mismo tiempo que su independencia económica le permita mantener una existencia digna en cualquier situación.

Aunque no queramos encadenar directamente la incorporación al trabajo de la mujer con la espectacular subida del divorcio, hay que destacar que según las cifras de media-

dos de la década de los 70, uno de cada tres matrimonios termina en divorcio en los Estados Unidos, siendo esta proporción análoga a la que nos dan las cifras rusas y muy superiores a las de cualquier otro país.

Siempre han nacido más niños después de las guerras, pero el aumento enorme de la natalidad en los Estados Unidos, el llamado «Baby Boom», procede en gran parte del masivo crecimiento de los matrimonios contraídos por debajo de los veinte años en aquella época. En los años de la postguerra se exaltó por muchos caminos la femineidad y la maternidad y una mayoría importante de mujeres jóvenes prefirió ocuparse del hogar y de sus hijos. Disminuyó el número de guarderías infantiles y de otros centros destinados al cuidado diurno de los niños de mujeres que trabajaban fuera del hogar. En las clases media y alta muchas mujeres renunciaron a la profesionalidad y a su propia realización en tareas extramatrimoniales.

Sin embargo, una gran ofensiva se estaba produciendo sobre las madres norteamericanas, a las que se consideraba inmaduras e infantilizadas, basándose en el desarrollo de una serie de ideas en las que tuvieron presencia determinadas versiones freudianas que de nuevo adquirieron gran predicamento en estos años.

A partir de ellos se produce una declinación efectiva de la fertilidad y se piensa que cualquiera que sea el mecanismo mediante el cual se haya producido, ha progresado considerablemente la limitación del número de hijos en cada matrimonio. Este hecho ha sido coadyuvante y en determinada medida contribuyó a la subida del número de divorcios, ya que estadísticamente se comprueba que estos se producen con más frecuencia en los matrimonios sin o con pocos hijos.

Por otra parte ello coincide con que las mujeres con poca familia son las que en mayor proporción participan en la fuerza de trabajo, habiendo conseguido un tipo de suficiencia económica que la hace más independiente del marido. Más adelante veremos que a ello contribuye también el fenómeno de la disminución de edad media en que tiene lugar el primer matrimonio, que por lo general se contrae entre parejas cuyo varón no tiene ingresos suficientes, lo que

da ocasión a que la mujer intente completarlos con su trabajo fuera de casa. Naturalmente el fenómeno es mucho más complejo y en él es decisivo el profundo cambio experimentado en la mentalidad de las parejas frente a la unión matrimonial, pero la incorporación al trabajo de la mujer ha seguido subiendo progresivamente con cierto paralelismo al de la frecuencia del divorcio.

Hoy día resulta casi retrógrado invocar la vieja idea de Parsons de la oposición tensiva entre la familia y el trabajo de la mujer, que en su apartamiento del hogar y de sus responsabilidades en el mismo, crea cierta proclividad a convertirse en una «divorciada potencial» en la medida en que no se hagan compatibles determinado tipo de tareas.

En la industria moderna y en los grandes centros urbanos o en las proximidades donde ésta se implanta, va siendo cada vez más difícil retornar a la casa para comer. La proliferación de comedores de fábrica o de centros próximos a ella donde se pueda comer económicamente, aumenta el número de horas de separación familiar.

Las observaciones anteriores, resultado de datos estadísticos que indudablemente pueden ser más o menos indicativos, pero no reflejan una realidad inexorable sino simplemente un determinado tipo de coincidencias, no pretenden llegar a la conclusión de que la mujer no pueda y deba trabajar como persona libre, según ya hemos afirmado, contribuyendo con ello al desarrollo social y en la medida que su vocación se lo permita conseguir objetivos de realización personal. Pero aquí, como en cualquier otro tipo de acción o de actitud, debemos conocer la mayor o menor predisposición a asumir determinados riesgos, aunque éstos después de calculados se acepten libre y responsablemente.

Está fuera de moda tratar de configurar la más pequeña diferencia en el papel a desarrollar en la familia y en la sociedad por los dos sexos, pero la realidad está muchas veces por encima de lo que piensan los biólogos y los sociólogos y, aunque se proponen infinidad de soluciones (alternancia temporal de papeles, inversión de los mismos, etc.), se pueden percibir aún matices diferentes que no tienen por qué afectar ni mucho menos mantener una segregación de la mujer, pero lo que sí es cierto es que el problema de

adaptación de nuevos modos existe y desgraciadamente en un porcentaje altísimo de los casos se traduce en un recargo del trabajo de la mujer, como puede comprobarse no sólo en los países occidentales sino en los informes realizados sobre este problema en el mundo soviético.

\* \* \*

Apartándonos de momento de esta espinosa cuestión y volviendo de nuevo a los números, parece ser que un factor a tener en cuenta es el progresivo aumento habido de las concepciones prematrimoniales, que conducen a matrimonios demasiado jóvenes y frágiles en los que se manifiesta una mayor tendencia a la ruptura. En 1971 las tasas de concepción premarital fueron de cerca del 58 % en las mujeres negras y del 20 % en las blancas. Los varones casados antes de los 20 años tienen una tasa de divorcio superior al doble de los casados más tardíamente; correspondiendo igualmente este fenómeno respecto de la mujer casada antes de los 18 años. La edad media de los contrayentes del vínculo matrimonial fue en los Estados Unidos hacia principios de siglo de 26 años para los varones y 22 para la mujer. Declinan estas edades hasta alcanzar los niveles más jóvenes hacia mediados de los años 50, en cifras de 22 años para el varón y de 20 para la mujer. Esta edad media ha permanecido constante en el hombre a partir del año 1967.

En relación con el crecimiento del porcentaje de madres trabajadoras se nos dan algunas cifras significativas. En 1948 el número de mujeres con hijos de edades comprendidas entre 6 y 17 años e incorporadas al trabajo fue del 26 %; en 1974 ese porcentaje alcanzó al 51 %. El crecimiento más rápido en el porcentaje de mujeres que trabajan ha sido entre madres con hijos en edad preescolar. En 1948 era de 1 por cada 9 madres y en 1971 de 1 por cada 3.

Sin embargo, estas cifras requieren un análisis más detallado si queremos penetrar en su significación, dado que la incorporación al trabajo no es uniforme en cuanto al régimen en que éste se realiza; solamente dos tercios de las incorporadas a él lo hacen en régimen de plena dedicación y

las consecuencias respecto a los hijos varían cuando la mujer trabaja a tiempo parcial.

La tendencia a la incorporación al trabajo es cada vez más elevada en las mujeres que poseen estudios de más alto nivel y que proceden generalmente de un medio económico más elevado, creando problemas de colocación a las mujeres que proceden de estratos limítrofes a la pobreza.

El 17 % de las familias americanas tienen una mujer como cabeza de familia, faltando el padre por divorcio o abandono. Aproximadamente el 50 % de este tipo de familias se da entre aquellas que pertenecen a estas zonas limítrofes de la pobreza.

Según las cifras correspondientes a 1974, procediendo de la oficina del censo, los 36 millones de mujeres que trabajan, representan el 39 % de la fuerza laboral de los Estados Unidos. Trece millones y medio de estas mujeres tienen hijos menores de 18 años y entre 5 y 6 millones los tienen de menos de 6 años. El 46 % de las mujeres del país está trabajando, habiéndose duplicado las que lo hacían en 1950. El censo de trabajadores masculinos sólo se ha incrementado en un 25 %.

Los niños y adolescentes por bajo de los 17 años implicados en un divorcio, han subido fuertemente desde 0,6 % en 1955 a 1,7 % en 1975. Uno de cada cinco de los comprendidos entre los 14 y 17 años viven en hogares formados por uno sólo de los padres y la suma total es que 9 millones de niños son criados por uno solo de los cónyuges.

M. J. Bane, estima que alrededor del 14 % de los niños nacidos en 1965 tendrían padres divorciados en los siguientes 18 años y basándose sobre las tasas actuales de divorcio en Estados Unidos, espera que alrededor del 30 % de los niños nacidos en 1970 serán hijos de divorciados y si a ello se añade los fallecimientos naturales, la ilegitimidad y el abandono del hogar sin trámite de divorcio, pueden encontrarse afectados por una disrupción familiar del 40 al 45 %, considerando esta previsión más bien conservadora.

La citada autora se plantea si la situación descrita no agudizará más el problema en cuanto a las responsabilidades de educación y formación de los hijos, justificando su transmisión a la sociedad que busca en los distintos países

liberalizar el divorcio, al mismo tiempo que la política de bienestar trata de aumentar el número de instituciones en que los niños puedan ser atendidos. El problema desde el punto de vista científico y humano está planteado en los términos de considerar hasta qué punto los niños son más felices si se desarrollan más equilibrados en familias estables que en familias desgraciadas o rotas, habiendo adquirido cierta relevancia hace algunos años la posibilidad de la creación de la familia funcional mediante instituciones que la imitan. Este es el caso de los kibutzs.

Entrar en este problema es difícil cualquiera que sea la posición que se adopte, porque todo el debate se plantea de manera muy apasionada entre los que piensan que los hijos de matrimonios rotos arrojan mayor porcentaje de disturbios psicológicos y de delincuencia y los que creen que lo que hasta la fecha se ha atribuido a estas familias rotas, es por coincidir en una proporción muy alta con zonas de pobreza o de muy baja condición económica, intentando hacer estudios en los que se muestra la existencia de pocas diferencias en el ajuste social y en el comportamiento delictivo entre los criados por un solo cónyuge o en hogares completos, cuando se extraen las muestras en forma tal que sea comparable el *status* económico.

Naturalmente aquí surge también la necesidad de establecer comparaciones entre niños de matrimonios rotos mediante divorcio o abandono, con niños de matrimonios no rotos pero de vida conflictiva y desgraciada, que parecen tener un gran poder neurotizante.

## EL ATRACTIVO Y EL AMOR EN LA ELECCION DE LA PAREJA

El Cardenal Wojtyla, en el análisis general del amor que tan magistralmente realiza y que precede al análisis psicológico, afirma que el amor es siempre una relación mutua de personas, que se funda a su vez en la actitud individual y común respecto del bien. El amor es siempre atracción y afecto. El amor entre la mujer y el hombre no es más que un caso particular del amor; se funda en el psiquismo profundo

de la persona y queda vinculado con la vitalidad sexual del ser humano. Es una relación de *personas* y de ahí su significación moral y en este sentido es objeto del más importante Mandamiento del Evangelio: el Mandamiento del Amor. El amor debe ser concebido por ello como una virtud. El atractivo, que en la mayor parte de los casos suele ser recíproco, es el fruto de la tendencia sexual que siendo una fuerza de la naturaleza humana actúa en las *personas* y por ello ha de ser elevado siempre a este nivel *personal*. Es pensar en la persona dada como un bien y en cuanto tal, se produce la vinculación al pensamiento. Ahora bien, en el proceso interviene necesariamente la voluntad. Se trata de un conocimiento que compromete la voluntad. Es difícil —dice— explicar el atractivo sin admitir una interpretación del entendimiento y la voluntad, pero los sentimientos participan en el nacimiento del amor porque contribuyen a la formación del atractivo recíproco entre el hombre y la mujer. El atractivo no es aún amor, pero sí puede ser su comienzo. Descubre valores que pueden existir realmente en la persona dada o bien el que los percibe es particularmente sensible a dichos valores.

Aunque el objeto de la atracción sea siempre una persona, es cierto que puede ser atraído hacia ella de forma y por caminos diversos. Si sólo se produce la atracción ante valores sensuales y sexuales, el amor tendrá un carácter distinto y recorrerá un camino diferente si es que ha de convertirse en un verdadero *amor personal* en el que figuran una serie de valores espirituales o morales, así como la inteligencia o el carácter. Las reacciones emotivas y afectivas, los sentimientos que nacen muchas veces de manera espontánea, coadyuvan a la creación de la relación amorosa, pero a veces ocultan la verdad y la realidad del objeto a que se dirigen. El Cardenal Wojtyla mantiene reservas sobre los sentimientos, por creer que la verdad y su descubrimiento es una tarea de la razón.

Esto nos lleva en cierta manera a Ortega cuando nos habla del amor a lo Stendhal, el amor de cristalización, el que se produce recubriendo a la persona elegida de una serie de valores o atractivos que en realidad están puestos allí subjetivamente por el amador. La reacción emotivo-afectiva



tiene gran parte en el atractivo. Los sentimientos deforman a veces la verdad de su objeto, porque la verdad es tarea propia de la razón, si bien Pascal y Scheler (este segundo que tanto ha tentado en sus estudios a nuestro Papa) destacan la lógica especial de los sentimientos, la lógica del corazón. La verdad acerca del valor de la persona objeto del atractivo es fundamental. Las reacciones emotivo-afectivas pueden falsear el atractivo cuando por ellas se cree percibir en la persona valores de los que carece en realidad. Esto es motivo fundamental de decepciones que peligrosamente pueden crear distanciamientos y rupturas. En el amor deben coincidir la verdad de los sentimientos con la verdad sobre la persona que los despierta.

El amor es un proceso que requiere una maduración y tiempo. El atractivo corporal y la simpatía pueden ser buen comienzo, pero con todos los peligros de la falta de objetividad. La simpatía introduce a una persona en la órbita de otra y permite percibir su personalidad entera. Pero el amor no se limita a la simpatía. Igual que la vida interior de la persona no se reduce a la emoción ni al sentimiento, que son elementos importantes pero parciales, el elemento más profundo y esencial es la voluntad, que es la que puede modelar el amor. La simpatía tiene que progresar hacia la amistad. En la amistad se sobrepasa la emoción y el sentimiento, siendo la voluntad misma la que se compromete en la elección de la persona, del otro «yo» hacia el cual se orienta. La simpatía sola no es todavía amistad, pero crea las condiciones para que ésta nazca.

Parafraseando lo que nos dice el Papa en su hermoso libro «Amor y Responsabilidad», desde el punto de vista de la educación del amor se impone la siguiente exigencia: hay que transformar la simpatía en amistad y completar la amistad con la simpatía. Le falta a la simpatía la benevolencia, el «quiero el bien para tí como lo quiero para mí» sin la cual no puede haber amor verdadero. Ya se ha subrayado al hablar del atractivo que la subjetividad del sentimiento, la tendencia que tiene a tergiversar la verdad del objeto, puede crear confusión. En el matrimonio el amor verdadero ha de apoyarse en la amistad y la amistad consiste —ya lo hemos dicho— en un compromiso de la voluntad respecto a una

persona con miras a su bien. Los sentimientos solos no pueden comprometer a la voluntad sino de forma más bien pasiva y superficial con una cierta dosis de subjetividad, mientras que la amistad exige un compromiso serio de la voluntad objetivamente fundado.

El amor no puede ser un simple juego de sentimientos y de goce, que muchas veces acaban en la hartura sexual. La amistad y la simpatía habrían de interpenetrarse sin estorbarse. Ahí reside el arte de la educación del amor, el verdadero *Ars Amandi*.

La camaradería que difiere de la simpatía porque no se limita a la esfera afectiva de la persona sino que se apoya sobre otras bases, como el trabajo en común o las tareas e intereses comunes, y difiere de la amistad porque el «quiero el bien para ti como si se tratase de mi propio yo» todavía no tiene lugar, pero puede favorecer el aspecto objetivo del amor si éste nace gracias a ella. La experiencia parece así demostrarlo. Dota de un componente objetivo que puede compensar la inconstancia de los sentimientos.

Con lo citado anteriormente, creemos que el Cardenal Wojtyla ha hecho una presentación del amor como proceso en el que la verdad de los valores está presente y el compromiso de la voluntad le da su moral. Esto es de enorme trascendencia. Las formas del amor son muy numerosas y están en relación con la actitud respecto de los valores sexuales, pero según los casos y los temperamentos se puede producir un deseo apasionado o un violento apego afectivo. En los dos casos hay un encantamiento que hace perder en parte un sentido de la realidad para el resto de las cosas y personas. El aspecto más noble de este tipo de amor es el deseo de engendrar el hijo. Platón nos decía: «El amor es el deseo de engendrar en lo perfecto.» Por ello la perfección del amor, que exige el deseo de reciprocidad, es el intento continuo de descubrir los valores superiores de la persona amada y necesita una integración que se apoye sobre el lado espiritual, sobre su verdad, teniendo presente que el valor de esta persona está estrechamente ligado a la libertad que es propiedad de la voluntad. El amor, nos dice el actual Papa, es siempre un problema de interioridad y del espíritu. A medida que deja de serlo, deja también de ser amor. Su

esencia no puede quedar en la mera vitalidad del cuerpo humano. La voluntad es en la persona la última instancia sin cuya participación nada tiene valor ni peso que corresponda a la esencia de la persona. Este es el camino de la integración del amor, penetrando en el terreno moral, creando un sentido de obligación que surge allí donde la voluntad encuentra una norma, que en el mensaje evangélico es la «norma personalista contenida en el Mandamiento del Amor». En definitiva no puede haber en el amor plenitud psicológica sin plenitud moral.

Siguiendo las líneas generales del análisis a que somete el proceso amoroso en lo que afecta a la pareja humana Juan Pablo II, se deduce la importancia de la elección para tener una orientación sobre la realidad de los condicionamientos individuales y sociales que afectan a la selección de personas para constituir una familia. El *encuentro* debe ser conducido con la mayor aportación de sentimientos, pero también con la mayor responsabilidad, tratando de buscar de alguna forma dónde estriban las bases que nos den alguna luz sobre si la fragilidad de la familia actual no depende en gran parte de no ser tenidas en cuenta estas bases de conocimiento mutuo.

En la «Familiaris Consortio» Juan Pablo II ha puesto de relieve que partiendo del amor y en constante referencia a él, el Sínodo ha fijado a la familia cuatro cometidos generales, el primero de los cuales es la *formación de una comunidad de personas*.

El punto 18 dice textualmente: «La familia, fundada y vivificada por el amor, es una comunidad de personas: del hombre y de la mujer esposos, de los padres y de los hijos, de los parientes. Su primer cometido es el de vivir fielmente la realidad de la comunión con el empeño constante de desarrollar una auténtica comunidad de personas.»

«El principio interior, la fuerza permanente y la meta última de tal cometido es el amor: así como sin el amor la familia no es una comunidad de personas, así también sin el amor la familia no puede vivir, crecer y perfeccionarse como comunidad de personas.»

En el último párrafo de este apartado dice: el amor entre el hombre y la mujer en el matrimonio y de forma derivada y

más amplia el amor entre los miembros de la misma familia —entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, entre parientes y familiares— está animado e impulsado por un dinamismo interior e incesante que conduce a la familia a una comunión cada vez más profunda e intensa, fundamento y alma de la comunidad conyugal y familiar.

Reproducimos estos párrafos de la magnífica Exhortación Papal por considerar que se abre de nuevo un camino a la familia extensa, naturalmente con las posibilidades que ésta tenga de adaptación a los tiempos y a las circunstancias actuales. La familia nuclear que ha atraído la atención casi de manera exclusiva en la Sociología moderna, especialmente a partir de Parsons, es la que viene mostrando una gran fragilidad, privada de apoyos afectivos más amplios que ayuden a remontar crisis y aislamientos desoladores.

Es cierto que actualmente se analizan multitud de factores que conducen a la destrucción de la convivencia de la pareja. En el matrimonio moderno en el mundo occidental, se manifiesta el conflicto entre la sociedad que desaparece y la nueva que trata de implantar sus pautas. Este conflicto está provocado en gran parte por una alteración de las necesidades psicosociales de ambos sexos. El eje de la estructura emocional de la familia moderna radica en una relación interpersonal cargada de conflictos potenciales entre el marido y la mujer. Por esto en la permanencia del matrimonio y en la construcción de la familia se exige una cantidad mayor de buena voluntad que en otros tiempos, teniendo en cuenta que no está de moda aludir a la paciencia, al renunciamiento y a un gran espíritu de tolerancia, especialmente en problemas caracterológicos, para evitar males mayores. Tenemos que aceptar que está fuera de moda para grandes sectores de la población la invocación de pautas morales o religiosas, que ya no inspiran coerción alguna o por lo menos la suficiente para remontar los conflictos que necesariamente surgen. Por ello habrá que insistir constantemente que el matrimonio y la familia no es algo que se nos da en un solo acto, sino que necesariamente ha de ser construido a lo largo de períodos y circunstancias muy cambiantes, en las cuales las posibilidades de ayudas recibidas a ser posible dentro de la familia más

amplia o de otras familias de buena voluntad, pueden ser decisivas.

Nuestro Juan Pablo II arranca a este respecto del imperativo kantiano, «obra de tal suerte que tú no trates nunca la persona de otro simplemente como un medio, sino siempre, al mismo tiempo, como el fin de tu acción». A la luz de estas consideraciones reitera el principio personalista que ordena: «Cada vez que en tu conducta, una persona es el objeto de tu acción, no olvides que no has de tratarla solamente como un medio, como un instrumento, sino ten en cuenta el hecho de que ella misma tiene, o por los menos debería tener, su propio fin.» Hay que tender al bien común a las dos personas, a un fin común, a un bien que une desde el interior y que constituye el núcleo de todo amor.

Antes de seguir adelante es obvio, pero debe ser tenido en cuenta, que la palabra «amor» se presta no solo semánticamente sino en su estructura a muchas confusiones, dada la facilidad con que actualmente se emplea en su sentido más frívolo e incluso fisiológico. Hay muchas variedades de amor y sobre ellas se ha escrito mucho y con criterios diferentes a través de la historia y en la realidad vital del presente. De aquí las precauciones con que hay que utilizar encuestas y estadísticas cuando nos afirman que el amor ha sido lo decisivo en la selección de la pareja para el matrimonio.

Tendríamos que empezar por distinguir qué cosa es el enamoramiento y qué cosa es el amor, dado que el enamoramiento es un estado de ánimo que en su fase aguda tiene una transitoriedad superior al amor, al cual puede acceder indudablemente, siendo capaz de despertarse éste como gravitación a un núcleo más hondo de la personalidad, en donde la pareja ha de ser considerada en todo momento, como ya hemos indicado repetidamente, como persona humana y por consiguiente como una mezcla de lo corporal y carnal, perfectamente legítima, con la dimensión de persona, como espíritu encarnado que posee inteligencia; voluntad y un alma sensitiva en la que se integran emociones y sentimientos que deben ser tenidos en cuenta.

El goce sexual es una parte importante integradora de la realación entre mujer y varón, pero tiene que ser alejado de la relación egoísta de utilizar al otro como medio, como

objeto sin reciprocidad, siguiendo los principios de un utilitarismo hedonístico, que ha penetrado cada vez más en el mundo en que nos desenvolvemos. En las últimas décadas se ha desarrollado una tendencia científica y de divulgación sexológica en la cual se fija el placer como algo a conseguir en grados cada vez más elevados, mediante el progreso de técnicas que al difundirse crean una exigencia excesiva del goce sexual directo, con menosprecio o renuncia a otros múltiples aspectos de goce de la persona, como son la relación de compañía y ayuda y la apertura permanente a la comunicación entre la pareja.

Dice Ortega que el enamoramiento es por lo pronto un fenómeno de la atención, un estado anómalo de ella que en el hombre normal se produce. En estado de indiferencia, la atención de cada hombre o de cada mujer se desplaza con facilidad de una persona a otra del sexo contrario. Pero por razones distintas (simpatía, belleza, inteligencia), se detiene algo más la atención en una persona determinada, que va adquiriendo una posición privilegiada y que gravitará con su peso en el desplazamiento del entorno humano, manifestando que San Agustín vio sagazmente este ponderar espontáneo hacia un objeto que es característico del amor. «Mi amor es mi peso: donde quiera que voy soy llevado, él me lleva.» San Agustín considera el peso como ordenador porque impele cada cosa a su centro de reposo y de su mayor viva estabilidad.

La maduración de un amor responsable que rebase las deformaciones posibles del enamoramiento, creando mundos hermosos pero irreales que fácilmente pueden conducir a la frustración y al desencanto, es absolutamente necesario para adquirir un tipo de relación de convivencia comunicativa y tolerante.

En la vida real de las parejas la estabilidad depende en gran parte de esto. Por eso son muy frágiles las uniones entre personas de ética o de creencias distintas o que no han adquirido el grado suficiente de madurez para rebasar un tipo de infantilismo muy pernicioso, arbitrario y por lo general egoísta. Ello se acentúa más si se da paso libre al principio del utilitarismo de conseguir el mayor placer posible con el mínimo de pena y de sufrimiento. Se establece-

rá normalmente la lucha entre dos egoísmos, con renuncia al sacrificio personal capaz de ser unitivo en muchas ocasiones. El placer no puede constituir la única norma de acción. A partir del utilitarismo es difícil establecer las relaciones deseables y la coexistencia de dos personas de diferente sexo en un plano de verdadero amor, estando siempre en peligro de considerar al otro como objeto y no como persona. En este sentido tienen razón las continuas protestas de la mujer a considerarse como objeto, si bien es verdad que en las informaciones que nos llegan en las diversas encuestas sobre uno y otro sexo, aparece siempre un claro sentido egoísta en el concepto de manifestar la continua insatisfacción que, al no ser absorbida por una generosa contemplación del bien posible del otro y merced a la falta de comunicación que es una de las grandes taras que el tipo de vida actual favorece, conduce al fracaso a multitud de parejas.

\* \* \*

## NUEVAS ACTITUDES ANTE EL CAMBIO ECONOMICO-SOCIAL

Si hacemos una consideración final en la que se tengan en cuenta los datos anteriormente enumerados en relación con la permanencia de las parejas, está claro la enorme tendencia a aumentar constantemente el número de rupturas matrimoniales y de familia y, por otra parte, es evidente que aumenta la resistencia a contraer el vínculo matrimonial, siendo cada vez más numerosas las parejas que deciden establecer una comunidad de vida sin condición ceremonial y mucho menos religiosa. La convivencia asusta. Se tiende a mantener relaciones de pareja, pero no cohabitación. Progresa la soltería voluntaria sin el menor sentido de frustración. Se ha divulgado el caso de Françoise Dorin, que nosotros tomamos del libro «La Pareja de Hoy» editado por el equipo de S/F, que escribió una narración sobre su vida solitaria y también dice la de «esos más de seis millones de lechos ocupados por mujeres solas». Ella vivió 17 años casada y en 1965 decidió romper su vida matrimonial y vivir

sola. A los 15 años de esta nueva experiencia escribió un libro, «Les lits a une place», al que se ha calificado como la rehabilitación del arte de la soledad en la era de la comunicación.

Estamos en presencia de un fenómeno de honda transformación en la mentalidad frente a la vida en comunidad permanente. Por otra parte las relaciones sexuales prematrimoniales aumentan constantemente y hay gran número de matrimonios que se realizan juvenilmente, sobre todo, cuando esperan la llegada de un hijo. Justamente el porcentaje de divorcios y de matrimonios frustrados es muy superior en estas circunstancias al contraído en otras edades.

¿Qué está sucediendo para el progresivo aumento de la inestabilidad de la pareja y qué proceso social está coadyuvando de manera importante a ello?

El mundo socialista nos dice que la emancipación económica de la mujer mediante el trabajo la ha hecho absolutamente independiente y no pueden existir matrimonios o uniones, más o menos permanentes, que se realicen por ningún tipo de interés en este sentido y, por consiguiente, se llega a contraer vínculos sólo por amor.

En Norteamérica y merced a encuestas realizadas con más o menos garantía, algunas como la de Pietropinto y Simenauer sólo sobre casados en primeras o segundas nupcias, aseguran que la motivación del matrimonio en un porcentaje altísimo ha sido el amor romántico.

El sociólogo ruso A. Kharchev, aunque mantiene por una parte que las fuentes esenciales más profundas del desarrollo de la familia se hallan en la esfera de los factores materiales y económicos, manifiesta que la familia no es una simple derivación de la economía, considerándola relativamente independiente de ella, asentada en factores morales y estéticos. En la familia socialista —dice— el deseo de amar como expresión moral y estética del deseo sexual, ocupa el primer rango por delante de las inclinaciones puramente sociales, como la búsqueda del deber, de la dignidad, de la divinidad y de la belleza, a lo que el deseo de amar va estrechamente unido.

El citado autor realizó una encuesta sobre 800 parejas jóvenes que venían para contraer matrimonio en la oficina



correspondiente de Leningrado. En ellas predominaban estudiantes y técnicos. La pregunta formulada fue que manifestaran su opinión de cuál era la condición esencial de un matrimonio estable y dichoso. El 76 % de las personas interrogadas dieron como motivación predominante el amor en sí o el amor fundado en semejanza de gustos, puntos de vista análogos sobre distintos problemas, confianza y una sinceridad recíproca. En proporciones mucho menores dieron preferencia al respeto mutuo en la igualdad y algunos citaron, junto al amor, las condiciones de alojamiento convenientes. En resumen, y según el autor que venimos citando, el número total de materialistas a este respecto no representaría más del 10 % de la totalidad.

¿Cuáles son las principales razones de las rupturas matrimoniales en la Unión Soviética? Es difícil aquí, como en todas partes, deducirlas de las mencionadas en las demandas de divorcio, pero un sondeo efectuado por una revista, «Nedelya», citada por St. George, acerca de 500 parejas en trance de divorcio en las que el 59 % de las personas interrogadas tenían 30 años o más, y en la que una pareja sobre cada cinco habían permanecido unidas durante más de diez años, una sobre cuatro entre cinco y diez años y el 20 % habían estado casados menos de un año, fueron invitadas a indicar tres razones que según su opinión habían conducido al fracaso del matrimonio. El 66 % de los hombres y el 74 % de las mujeres respondieron que la alteración de la armonía psíquica entre los esposos era el factor esencial de su separación. A ello se añadía la incompatibilidad caracterial, la pérdida de intereses comunes, falta de amor, indiferencia del otro con respecto a la familia y la infidelidad. Es curioso que la atribución a la infidelidad coincide en sus proporciones con las cifras recogidas en encuestas americanas, dando un porcentaje alrededor del 15 %.

Este mismo grupo manifestaba que el factor decisivo para contraer su matrimonio fue de orden afectivo en un 59 % de los casos y que éste primaba a todos los demás. Un 20 % aseguraba que la vida en común se había hecho imposible en razón a la embriaguez crónica del cónyuge.

Kharchev, estudió 1.000 casos de divorcio pronunciados

por los tribunales de Leningrado y alrededor del 30 % de las demandas presentadas por la mujer citaban la embriaguez del esposo. El 26,6 % la grosería y la crueldad; 15 % por la infidelidad; 12 % por la muerte de su amor y el resto por incompatibilidad de caracteres, declarando solamente un 1,4 % que se separaban por el amor que le inspiraba otro hombre, quedando sólo un 1 % por ausencia de satisfacción sexual y un 2,4 % por la esterilidad de su marido, su rechazo a tener hijos, celos excesivos o mala salud.

En lo que respecta a los hombres los porcentajes variaban ligeramente: 30 % invocaban incompatibilidad; 24 % falta de afección; 15,4 % la infidelidad de su mujer; 12,3 % su amor por otra mujer; 2,5 % esterilidad; 7 % por la actitud poco amigable de su mujer y 2,5 % por diferencias con la madre política.

N. Soloviev, resume los resultados diciendo que «las múltiples razones que arrastran la disgregación de nuestras familias se pueden repartir en tres categorías: incompatibilidad, embriaguez, abandono de los deberes que impone el matrimonio y la familia». Este autor sugiere para remediar la situación de inestabilidad a que ha llegado la familia, restablecer la antigua tradición del noviazgo oficial, con publicación obligatoria de bandos públicos y extender a seis meses el período de espera hasta la celebración del matrimonio. Un comité de consejeros especiales actuaría en cada servicio de registro de un matrimonio para informar a los futuros esposos de los diferentes problemas que puede plantear la vida familiar. En los programas escolares se introducirían cursos de ciencias domésticas donde muchachos y muchachas serían instruidos en las responsabilidades del matrimonio: problemas de economía doméstica y métodos de análisis de las relaciones mutuas en el interior de la familia, destacando la importancia de una comunicación abierta.

Todo esto como se ve, plantea el problema tan debatido de la educación sexual que así, en principio, se presta a muchas interpretaciones, dado que sería diferente para cada cultura o normativa vigente. La educación sexual para el cristiano o para el que mantiene unos principios éticos que no coincidan con los rumbos en gran parte promiscuos de

los sectores más influenciados por la revolución sexual, ha de ser distinta y necesariamente atenerse a una concepción más profunda de qué significa el amor, la sexualidad, la familia y la responsabilidad que se contrae en su fundación. En este sentido pensamos que lo que se entiende actualmente en ambientes biológicos, médicos y en otros sectores científicos sobre educación sexual, es un tema parcial del que se abusa y produce más daño y deformaciones que auxilio a unas relaciones sexuales humanas. La cosa es mucho más profunda si se trata de conseguir una convivencia humana del sexo en la intimidad de una pareja que aspire a la permanencia en el matrimonio.

En la exhortación apostólica de Juan Pablo II sobre la familia, se parte con gran realismo de su situación en el mundo de hoy, considerando sus aspectos positivos y negativos: signo los unos de la salvación de Cristo operante en el mundo; signo los otros del rechazo que el hombre opone al amor de Dios. Se reconoce que existe una conciencia más viva de la libertad personal en los cónyuges y una mayor atención a la calidad de las relaciones interpersonales en el matrimonio; a la promoción de la dignidad de la mujer; a la procreación responsable; a la educación de los hijos y se proclama la necesidad de desarrollar las relaciones entre las familias en orden o en ayuda recíproca espiritual y material y al conocimiento de la misión eclesial de ella, así como a su responsabilidad en la construcción de una sociedad más justa.

Aquí podemos percibir un cierto reconocimiento de la fragilidad de la familia nuclear aislada, apoyada sólo en «redes sociales», que al ser la mayor parte de las veces desacralizadas no aportan ni destacan la primacía de los valores morales, que son los valores de la persona humana en cuanto tal. Se destaca la necesidad de volver a comprender el sentido último de la vida y de sus valores fundamentales, siendo este el más importante cometido que se impone para la renovación de la sociedad. Sólo la conciencia de la primacía de estos valores —dice— permite un uso apropiado de las posibilidades puestas en mano del hombre por la ciencia; un uso verdaderamente orientado como fin a la promoción de la persona humana en toda su verdad, en su libertad y dignidad. La ciencia está llamada a ser aliada de la

sabiduría. «Nuestra época más que ninguna —dice el Concilio Vaticano II— tiene necesidad de esta sabiduría para humanizar todos los nuevos descubrimientos del hombre. El destino futuro del mundo corre peligro sino se forman hombres más intruidos en esta sabiduría.»

El arduo problema de la presencia de la mujer en la vida pública y en el mundo del trabajo, es abordado valientemente por Juan Pablo II con modernidad y sin esquivar sus graves dificultades al verse modificadas muchas pautas tradicionales que sólo encajaban a la mujer en su tarea de esposa y madre sin abrirle las puertas a otras misiones reservadas a los hombres. Por una parte afirma que no existe duda de que la igual dignidad y responsabilidad del hombre y de la mujer justifican plenamente el acceso de ella a las funciones públicas, pero la verdadera promoción de la mujer exige también que sea claramente reconocido el valor de su función materna y familiar respecto a las demás funciones públicas y profesionales, que deben integrarse entre sí, si se quiere que la evolución social y cultural sea verdadera y plenamente humana, lo cual se facilitará mediante una renovada «teología del trabajo» que ilumine y profundice el significado de éste en la vida cristiana y determine el vínculo fundamental entre el trabajo y la familia y por consiguiente el significado original e insustituible del trabajo de la casa y la educación de los hijos. Por ello añade, «la Iglesia puede y debe ayudar a la sociedad actual pidiendo incansablemente que el trabajo de la mujer en casa sea reconocido por todos y estimado por su valor insustituible».

Si se debe reconocer tanto a las mujeres como a los hombres el derecho a acceder a las diversas funciones públicas, la sociedad debe sin embargo, estructurarse de manera tal que las esposas y madres no sean de hecho obligadas a trabajar fuera de casa y que sus familias puedan vivir y prosperar dignamente aunque ellas se dediquen totalmente a la propia familia.

Este es el gran caballo de batalla, porque los excesos de un feminismo mal entendido están llevando prácticamente el problema a la obligatoriedad del trabajo de la mujer fuera del hogar. Tal es lo sucedido en Rusia mediante una dura legislación y tal es prácticamente a lo que se tiende en los

países de Occidente, en donde se trata de impedir fórmulas capaces de compatibilizar ambas funciones.

El problema de fondo que se plantea es el de la imposibilidad de la realización personal de la mujer si no se encuentra comprometida en un mundo profesional en el que adquiriera una independencia económica. Los resultados hasta la fecha no han mostrado que esto conduzca siempre a una mayor satisfacción y felicidad personal. Es curioso contemplar cómo las últimas publicaciones de grandes feministas como la Friedan, que acabaron por romper su matrimonio, tengan un toque de nostalgia y de duda sobre si han contribuido sinceramente a una mayor satisfacción de la mujer o han producido un nuevo tipo de situaciones conflictivas de desarraigo y de soledad, al contemplar el número creciente de divorciadas que no vuelven a contraer nupcias, con un creciente número de uniones transitorias y una práctica muy generalizada de amores promiscuos.

En la literatura rusa nos encontramos con artículos como el de Perevedentsev, que tomamos de St. George, el cual achaca el rápido aumento de divorcios en su país a seis causas fundamentales, entre las que destaca en primer lugar la participación masiva de las mujeres en la economía nacional y la independencia económica que acarrea en una serie de casos un relajamiento de los lazos familiares. También atribuye importancia a la desaparición de la familia de tres generaciones, en que las personas de más edad ejercían una influencia estabilizadora. La disminución del número de hijos y el hecho de que muchas parejas jóvenes no tienen prisa por lograr descendencia, ha hecho muy frágiles este tipo de matrimonios. Aparte de ello concede alguna significación a que el número de técnicos e intelectuales ha aumentado considerablemente y en estos grupos la incompatibilidad en el plazo psíquico e intelectual entre los esposos conduce más fácilmente a la destrucción de la pareja.

El citado autor, después de unas consideraciones sobre la tendencia actual a conseguir la civilización del ocio y la disminución constante de horas de trabajo, se atrevió a propugnar un refuerzo de las ayudas familiares entregadas directamente a la mujer, que le permitiera atender más a sus tareas del hogar, dando de esta forma facilidades para

liberarlas del trabajo, asegurándolas al mismo tiempo un salario que permitiera mantener la igualdad económica y su independencia frente al hombre que trabaja en la calle, aunque ella permanezca voluntaria y libremente en el hogar.

Contra esto se levantaron airadas las dirigentes del Partido Comunista y ello se manifestó públicamente en el discurso pronunciado en junio de 1969 en el Congreso Mundial de la Mujer, por Valentina Terechkova Nikolaieva, la famosa astronauta, quien aseguró que no permitirían en ningún caso que se alterara el derecho de la mujer a participar plenamente en la vida económica de todas las sociedades, siendo esto el único medio de completar su liberación y asegurando que el 30 % de las mujeres de su país trabajaban principalmente por razones de orden moral.

Pensamos que la mujer puede y debe trabajar, pero no igual en todas las situaciones, estados y ciclos de la vida familiar. Es necesario que la mujer adquiera alto nivel cultural y la profesionalidad que vocacionalmente estime conveniente para su realización personal y para mantener la independencia económica necesaria, a fin de que el acceso al matrimonio sea un acto de libre decisión y no condicionado por circunstancias económicas, pero en el caso de decidir la constitución de una familia, tienen que quedar claras las responsabilidades de la pareja y estas responsabilidades son, como acabamos de decir, variables según el estadio del ciclo familiar y según determinados condicionamientos profesionales y sociales.

En las circunstancias actuales la pauta familiar más corriente es tener un número de hijos muy limitado y generalmente concebidos en los primeros años del matrimonio. Las relaciones de pareja están ya condicionadas por unos hijos que son los personajes principales y que requieren la subordinación de los padres a sus necesidades, que no son sólo de orden físico sino de orden emocional y espiritual. Ellos pueden condicionar una distribución de papeles que incluso en algunos casos pueden ser intercambiables y deben ser sensibilizados lo suficiente para adaptarse a cada situación, exigiendo el mantenimiento de una amplia comunicación entre los padres, que paulatinamente se ha de extender a los hijos con su crecimiento y desarrollo. Una cúpula de

amor, entendido ya en un sentido mucho más hondo y diferente que la transitoriedad del enamoramiento, ha de abarcar a la familia que, si pensamos en su pura estructura nuclear, va quedando bastante desasistida en los tiempos actuales. La adolescencia y la juventud tienden cada día más precozmente a abandonar la casa y a dejar el nido vacío. Entre el momento que este hecho se produce, con el abandono del hogar del último hijo y el final lógico de la vida, por el hecho de haberse prolongado ésta extraordinariamente, transcurren muchos años que justifican la necesidad, sobre todo, en la mujer, de ser ocupados con alguna forma de realización personal y para ello requiere en su momento la preparación suficiente e incluso el mantenimiento en los años intermedios de determinados vínculos con el mundo del trabajo.

Pero este tema sobrepasa en este momento nuestro propósito, aunque creemos firmemente que sólo una vuelta a determinados valores éticos y religiosos puede detener la marcha dislocada hacia la disolución de la familia como grupo social básico y como anclaje efectivo y emocional del hombre y la mujer y la huida del matrimonio como contrato indisoluble y permanente de convivencia de la pareja.

Lo que se ha llamado hasta la fecha educación sexual es disparatado, porque no tiene en cuenta más que unos aspectos que, siendo muy importantes, no constituyen más que una visión parcial del problema, orientado a veces como dice el gran sociólogo Schelski, hacia una especie de pornografía científica, afirmando textualmente: «La ciencia, que ha rebasado su optimismo en cuanto a los efectos de sus investigaciones, debe afrontar las consecuencias de su vulgarización.» Más bien debemos preocuparnos de la educación para la vida en común de una pareja y para su comportamiento familiar. No asustarnos demasiado de los cambios y de la ruptura de tradiciones, sino prepararnos unas nuevas, con arreglo a los problemas que nos plantea el signo de los tiempos que vivimos. Si volvemos los ojos a la historia, podemos encontrarnos con antecedentes de épocas de disolución y de cambio cuyo estudio nos demuestra las variaciones habidas y las ondas de desviación en la realidad efectiva de la moral sexual.

Es mucha la literatura sobre otras formas de matrimonios o de relaciones de pareja y algunas no sólo de parejas, que consideran la vida amorosa más enriquecida cuando se produce la concurrencia en comunas o simplemente en triángulo. También se habla del matrimonio abierto como un tipo especial de relación en el que conservan su individualidad y libertad cada uno de los miembros de la pareja, sin que ello implique necesariamente una falta de fidelidad sino el establecimiento de un tipo de compromiso que permita una existencia autónoma capaz de facilitar el desarrollo personal con un comportamiento flexible merced a la confianza mutua en la sinceridad absoluta en su comunicación habitual. Desde luego este vivir arriesgado se presta naturalmente a encontrar justificación a las posibles debilidades humanas. Se ha propugnado por algunos el matrimonio a plazos. El matrimonio gradual según la edad y madurez de los interesados. Lo único constante en esta época es el cambio, que no siempre significa progreso, y una prevención apriorística a cualquier tradición, tratando de despojar al matrimonio de sus anticuados ideales. El asunto no es nuevo. Aún se recuerda el gran revuelo que produjo en el año 1927 el famoso juez Lindsey al publicar su libro «The Companionate Marriage», en el que sugiere dos tipos de matrimonio, uno para la procreación y otro para el compañerismo, pretendiendo legalizar el que un hombre y una mujer pudieran casarse aunque su objeto fuera sólo gozar del compañerismo y del sexo sin procrear.

El número de extravíos que se lanzan como proyectos de crear fórmulas de relación entre el varón y la mujer, es grande. El presentismo de las soluciones propuestas las frivoliza y merecen nuestro rechazo más absoluto, pero debemos tener esperanza de que en la creación de cualquier fórmula aceptable esté comprometidamente presente el mundo cristiano con su sentido trascendente y espiritualista, siendo capaz de crear nuevas pautas que puedan ser incorporadas al comportamiento de aquellos hombres que no tienen la iluminación de la fe, pero que son profundamente sensibles a normas morales que no se basen exclusivamente en un sentido hedonístico de la vida.